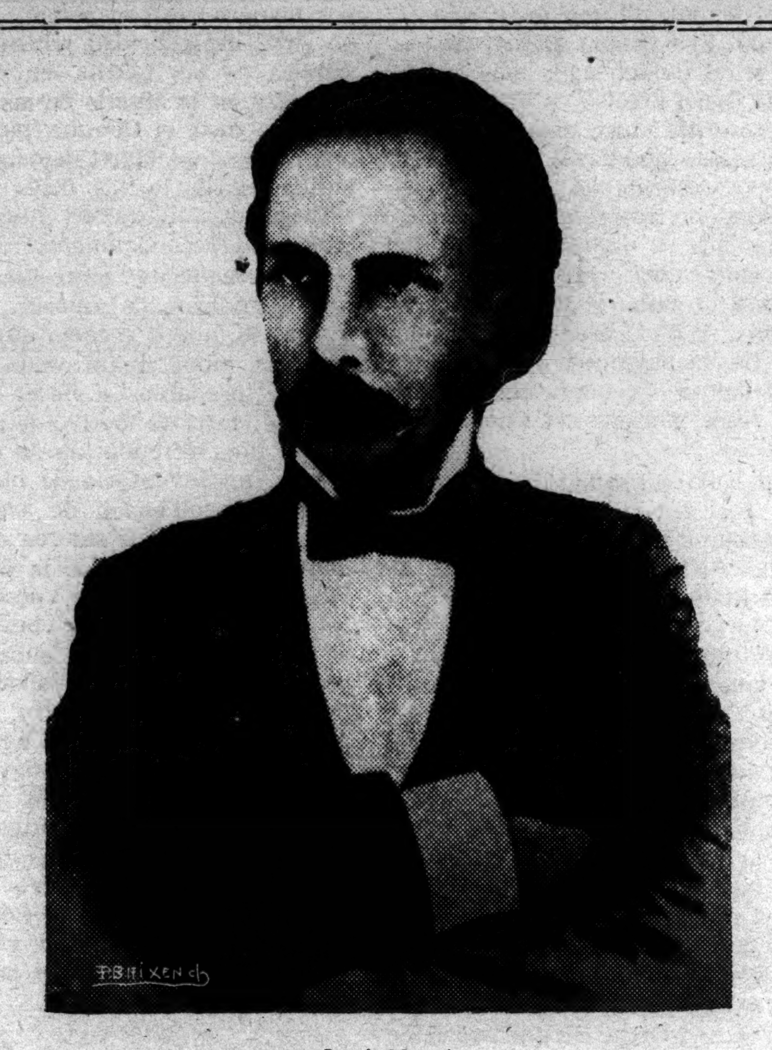
REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Vol. XLVIII | San José, Costa Rica | 1953 | Jueves 1º de Enero | Nº 1

Año 33 — No. 1146



José Martí
(28 Enero 1953-19 Mayo 1895)

×

MANIFIESTO del Comité Nacional Pro Centenario de José Martí

a los guatemaltecos, a los centroamericanos y a los hombres dignos de la América Indolatina

(En *Rep. Amer.*— Envío de *Alberto VELAZQUEZ*)

Se avecina para el Continente de Colón, y para todas las conciencias vigilantes del mundo, un acontecimiento magno de la más trascendental resonancia cívica: el centenario del nacimiento de José Martí, genio, héroe y mártir; ala, pulso y raíz de la América Indolatina.

El 28 de enero de 1853 —día estelar para la estirpe humana— vió la luz en cuna humildísima, en la ciudad de La Habana, Cuba, un sér predestinado que traía un mensaje profético y tenía una misión mesiánica que cumplir en tierras del Nuevo Mundo, como civilizador de pueblos, forjador de instituciones y maestro supremo de la democracia. Y este varón ínclito e infatigable se entregó con amor, desasosiego y esperanza a las solicitaciones de su destino, llenándolo bella, sonora y fecundamente y sellándolo con su propio holocausto en aras de la suprema responsabilidad de redentor de su patria todavía sierva: por eso es que en sus ojos perdura la mirada triste del soñador y del vidente, en tanto que sobre sus sienes resplandece, para quien sepa verlo, el nimbo de los santos laicos inmortales. Desde el día de su primer vagido hasta el de su fin siniestro en Dos Ríos, cuarenta y dos años de vida y de pasión producen su obra vasta y prodigiosa.

De la cantera de las luchas vicisitudinarias que se libran en su suelo natal, despréndese para proyectarse sobre el mundo la escultura gigante de este Capitán de Insurgentes, Reclutador de Héroes y Mayoral de Próceres, que devuelve un día a los cubanos la fe en la liberación de la Patria, perdida tras el fracaso de la Guerra del 68, de la Paz del Zanjón, y de la utopía autonomista. Situado por cima de las pasiones, sordo a las incitaciones y a las injurias, fijos los ojos visionarios en el destino de su pueblo hermoso, el gran taumaturgo cívico, sin querer hacerse superior a ninguno de aquellos a quienes junta y acaudilla, al par imperioso y humilde, realiza el milagro de fundir, en un esfuerzo titánico, a las emigraciones dispersas y a las impaciencias y a las desconfianzas locales. Sin esa majestad arcangélica, única en su magnificencia histórica, ni los Maceos ni los Gómez ni los demás paladines de la Isla hubieran retomado las armas ni unificado sus bélicos afanes. La grandeza de Martí es imponente y conmovedora cuando, en los días postreros de su exilio y en las horas supremas en que prepara desde la patria de Lincoln la revolución definitiva del 95, destella sabiduría, prodiga amor y sus ardientes ímpetus gobierna. Es la suya una actitud superhumana de entrega y renunciamiento, sin precedentes ni repeticiones; y si está escrito para él ya entonces un presagio fatal, realiza, no obstante, con su porfía noble y entusiasta, la preparación profunda y sólida que al final ha de conducir a Cuba al ansiado ideal de su soberanía.

Mas si José Martí nació en Cuba, y a Cuba amó sobre todas las cosas, y por Cuba apuró precoz y gozosamente todos los cálices de la mortificación y el sacrificio, y por ella llegó a la inmolación de su preciosa vida, el genio de plurales registros, el héroe de perfiles luminosos, el apóstol de tan prócer estatura pertenece a la América toda, y la América toda se ufana de saberlo representativo suyo en el tiempo, en el espacio y en la eternidad; y sabe la América toda que para este ardiente redentor de los humildes, abogado providencial y sublime de las multitudes desheredadas, poeta del código y legislador de la poesía, pequeño viene a ser en verdad el Continente como plinto de su excelsitud sin paralelo.

A través del tiempo y a la luz de las prédicas revolucionarias de José Martí, de su sabiduría generosa e inexhausta, de los episodios de sus luchas vehementes y de la consumación de su tragedia, los pueblos americanos han ido abriendo los ojos para recibir la revelación del Máximo Apóstol de su Causa; para contemplar el piélago caudaloso de aquel su amor por la vida, la libertad y la belleza; para fascinarse ante el divino fanal de su esperanza y vivificarse en sus flúidos. De esta suerte, al cumplirse los cien años de su advenimiento, José Martí surge transfigurado como el paradigma por antonomasia de los grandes conductores del Nuevo Mundo, en sus luminosas expresiones de Héroe, de Maestro y de Poeta.

¿Cómo, pues, si ello es así, los pueblos americanos todos no habrían de apercibirse a la celebración de jubileo tan solemne? ¿Cómo podrían dejar pasar poco menos que inadvertida y en tibia actitud esa efemérides augusta que hace abordaje de la Historia a la conciencia popular para servirle de nuevo y mejor punto de partida hacia metas de dignidad y de civil manumisión? Eso sería como volverse de espaldas a su propia causa, y a sus propios anhelos, y a su propio camino; eso sería como vendarse los ojos en menosprecio del luminar de su propia epifanía. Los pueblos todos del Nuevo Mundo se preparan para

los ritos de esta solemne fiesta continental del espíritu; y, para llegar limpios al Templo de la Gratitud y la Reverencia, van antes a sumergir el corazón desnudo en el mar ora revuelto y a veces límpido de la pasión martiana. Días de turbulencia pesan sobre el mundo, y la América no está exenta de la fatalidad histórica del presente; también la embarga el ecuménico desconcierto, y contempla también con estupor cómo tienden a desquiciarse las instituciones, cómo declinan las virtudes cardinales de los pueblos y cómo se bambolean los principios intemporales que son ariete de las genuinas revoluciones y que alimentaron —desde la cuna hasta el Tabor— el espíritu eminentemente revolucionario de Martí. Los estadistas, los poetas, los pensadores, los tribunos, los maestros de escuela sienten el peso de esta específica responsabilidad sobre los hombros; y hasta los déspotas, hasta los pillos con mando están dispuestos, a buen seguro, a rendir al Gran Arquitecto de la Conducta Ciudadana el tributo de su hipocresía; porque es ley de la vida que los redentores sirvan de antifaz a los apóstatas y de pantalla a los impostores. La efigie de Martí, el austero Doctor de la Probidad y el Desprendimiento, lucirá el día de su centenario en la solapa de los ladrones y de los demagogos; ¿cómo no, entonces, habría de lucir también y con más venturosa legitimidad en el pecho de la gente sencilla y de los hombres honestos, feligreses mayoritarios de su culto?

Los pueblos del Istmo Centroamericano también han aprendido a venerar la figura multánime de José Martí: al corazón de las multitudes istmeñas van llegando en dosis cada vez más substanciales y por tan diáfano conducto el pan de la dignidad humana del que han hambre y el vino de un futuro de justicia, del que han sed. Quieren estos pueblos aprestarse, guiados desde luego por la devoción de sus monitores espirituales, a saludar jubilosamente el alba del 28 de nero de 1953 con la emoción más honda y los más altos anhelos. Será ese día para ellos el de la Sacra Natividad de la Esperanza, en que los corazones honrados deben vestir de gala y comulgar frente al ara del Culto Patrio con la hostia de la solidaridad, que Martí elaboró agonísticamente para los hombres libres. Son pueblos buenos los centroamericanos, permeables a las ideologías de superación, ávidos de la verdad que del error los levante, y saben a estas horas que ese varón de luz es ya mito inmortal para la América y ofrece en sus enseñanzas una biblia fundamental con escalones para las multitudes que esperan en el valle el camino y la señal de la escensión.

Guatemala ama a José Martí de una manera inefable y tiene particulares motivos para ello: bajo este cielo vió medrar el Apóstol el árbol de su sagrada inquietud; aquí soñó, aquí enseñó, aquí sufrió, aquí abrió las puertas de su entraña generosa al llamamiento ineluctable del amor. Nos legó en un folleto de cálidas, dulces y expresivas páginas el testimonio de su comunión con nuestras cosas queridas; y luego, a costa de un íntimo dolor, nos forjó ese símbolo hermoso y perdurable de *La Niña de Guatemala;* y Guatemala, cuando Martí vino a esconder en ella su angustia y su desasosiego, no era más que una niña susceptible de entrar de noche en el río y morirse de amor, afín al romanticismo del joven apolonida.

A los hijos de América que no lo son de Cuba, pero que están identificados con ella en el culto martiano, a los centroamericanos principalmente, y muy en particular a los guatemaltecos, va dirigida esta ferviente exhortación del Comité Nacional Pro-Centenario de José Martí, la cual se funda en el deber indeclinable en que estamos todos, sin salvedad ninguna, de no dejar hacer del centenario del Héroe Poeta el efímero recurso de una festividad cívica superficial. Esa magna efemérides será de por sí en el tiempo nada más que la flor de un día; pero preciso es y necesario que el sol de ese día único deje caer en el surco de las masas populares una semilla imperecedera y fecunda de ambición generosa, de esforzado decoro y de responsabilidad permanente, y por eso los que tienen voz y acento deben apresurarse desde ahora a limpiar de nube el fanal, a desvelar la herencia, a esclarecer el evangelio, a avivar, en fin, la magnífica llama de esa zarza perennemente encendida que lleva el nombre mil veces glorioso del Cubano Inmortal.

Si vivieran aún, cómo harían la exaltación de esta preclara figura, cómo magnificarían al Apóstol Excelso, cómo retratarían al Genio Polifacético las plumas de José Enrique Rodó, Almafuerte, Rubén Darío, Carlos Mariátegui, César Vallejo, Roberto Brenes Mesén, Alberto Masferrer, Pedro Henríquez Ureña, Enrique González Martínez... Cómo lo exaltarán otros grandes adalides del pensamiento que están vivos, y cómo lo elevarán en alas de sus odas flamígeras otros grandes poetas que no han muerto... Que el maestro de escuela, pues, lo reedifique, vivo y puro, en el alma de sus discípulos; que acierte a proyectarlo el orador en sus épicos contornos de gloria mericana ante auditorios emotivos; que acentúe el periodista los trazos de su sin igual conducta para reconstruir de esa manera la insigne ejemplaridad de aquel rector de la justicia; y que la juventud no empedernida tome como cartilla educacional y como cimiento de su personalidad promisora los anatemas, los truenos, los salmos y las profecías de este gran iluminado, Juan de candente verbo, bautizador de espíritus en el Jordán del deber patrio y del culto a la humanidad.

No se intenta en manera alguna lanzar desde el presente manifiesto una excitativa a las Universidades, ni hacer un llamamiento a las asociaciones científicas, artísticas y culturales, puesto que, ora por virtud de la autoridad rectora de las primeras, bien por la sensibilidad indefectible de las otras, espérase de contado que todas ellas, en forma espontánea, digna y solemne; con el énfasis, el tono y la vibración que corresponde a tan excepcional pronunciamiento, sabrán responder a esta instancia imperativa de la Conciencia Continental, en el más alto plano de la consagración apoteósica de quien, en genio y espíritu, por manera tan conspicua y luminosa, ocupó sitial de prioridad jerárquica en la República de las Letras, en el Reino de la Poesía y en el Mundo de las Humanidades. En todo caso, el Comité Nacional Pro-Centenario de José Martí demanda a las dichas entidades sus doctas luces y sus valiosas asistencias, que acatará y acogerá con muy particular reconocimiento.

Guatemaltecos, centroamericanos, hombres dignos de la América Indolatina:

Donde quiera y como quiera que os encontréis, uníos en un credo superior y común y preparaos a hacer del centenario de José Martí un motivo de meditación profunda, una refrendación de esperanzas fraternas, un inventario de bienes culturales y una consolidación de aspiraciones cívicas. Medid a la luz sidérea de este trascendental suceso histórico la dimensión de la Patria con la vara de vuestra más íntima integridad; ayunad en vuestras conciencia la víspera de esta laica eucaristía para merecerla con pureza ciudadana. Y en la solemnidad de ese día sacro, desde que empiece a ascender el Astro hasta que se hunda en el horizonte, y todavía más allá de las horas, reflexionad en que el término de un ciclo de tal magnitud espiritual sólo una vez en su vida lo podrán contemplar los ojos del hombre libre del Continente y del hombre que en el Continente aspira aún al bien de la libertad, y que por lo tanto deben ellos esculpirlo para siempre en su corazón.

Guatemala,
1º de noviembre de 1952.

Alberto Velázquez, Manuel Galich, Juan José Orozco Posadas, Enrique Chaluleu Gálvez, Leopoldo Castellanos Carrillo, David Vela, Carlos Martínez Durán, Arturo Aroch, María Albertina Gálvez, Otto Guzmán, Humberto Hernández Cobos, Julia P. de Jiménez, Elvia Escobar Q., Eduardo Conde h., Horacio Rodríguez, L. Rigoberto Cordón F., Irving Aguilar Fuentes, Jaime Díaz Rozzoto, Enrique Parinello, Brígido Cabrera Meza. (Siguen más firmas).



QUÉ HORA ES . . . ?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias revisiones, antipedagogía.

Maestros de América

(*Colaboración*)

Es la voz de Martí: "Cuando se sirve al poderoso no se espere su mano de amigo, sino el puntapié del amo".

I

América, nuestra América que siente correr por sus venas ríos que arrastran historia, dolor, sacrificio y opresiones, sangre del Indio, debe pensar de pie en el peñón más alto, sea el heroico Chimborazo, que las fuerzas blancas están envenenando su alma.

América canta en sus selvas, grita en sus ríos, pero... ¡si el furor la exalta, ronca, con fuego, en sus volcanes!

¡Es hora ya de ver arquearse para luchar, a ese Ande majestuoso!

Si antes fué la guerra para destruir los cuerpos, ahora es para matar las almas.

II

Maestro: Has de saber que debes cuidar el espíritu de tu América.

¿Qué vale un Pueblo con salud, riqueza y esplendor... de los amos, si El es esclavo y sólo de rodillas puede vivir?

Ante todo la Libertad, y esa es creación del Maestro, que debe luchar cada día por mantenerla, avizorar el peligro y salvar el tesoro.

La Libertad de un Pueblo reside en su idioma, religión, la tradición sagrada que reposa, convertida ya en polvo, en las fosas de los antepasados.

Si aceptamos nuevo idioma, y religión y olvidamos costumbres y tradición... hemos dejado de ser un Pueblo y nos hemos convertido en un rebaño.

III

Escucha, Maestro: Hay a vuestro rededor una red tendida.

Las fuerzas del oro rubio desean hacer morir en vuestro pecho el amor a la Patria para dejaros desorientado y así que sirváis de instrumento fácil a los fines de absorción.

Puede haber mucho brillo, mucha orquesta, mucho ruido, pero en el fondo veréis la garra que se alarga, ávida de su presa.

Debéis observar cómo las actividades fundamentales de la Patria, van siendo puestas en manos extrañas, instrumentos conscientes de su obra, que aun siendo de saber y experiencia, no sienten el menor cariño a la Patria ajena y no piensan, ciegos de ambición, en que si ellos ayudan a estrangularnos... otros irán a hacerlo a sus Patrias.

IV

Escuchemos a Martí: "Demos acogedor amparo al poderoso y pronto sentiremos en nuestras espaldas el látigo del amo".

Levanta el espíritu de tu Pueblo. Háblale de la Patria, de la Libertad, del Santamaría simbólico que, con una tea, llama divina de corazón valiente, dió fuego a un mesón dentro del cual, como en arca maldita repleta de serpientes, estaban opresores rubios que ayer, así como hoy, van tras el oro sin respeto a nada.

Maestro: Escucha la voz de los americanos limpios y grandes y en este 11 de abril toca, con fuertes y repetidos golpes en el alma de los humildes labradores, hijos legítimos de una Patria libre aún!

Maestro: ¡Salva a tu América!

Juan J. CARAZO.

Costa Rica. 1953.

×

Una tendencia indomable

Por B. *SANIN CANO*

(En *El Tiempo*. Bogotá, Novbre. 24 del 52)

Ha poco relataba un diario la especie de un personaje notable sobre el hecho reconocido generalmente por miembros pensativos, aburridos y despreocupados de las altas capas intelectuales de que la inventiva humana sea actualmente tan generosa en el campo de la maquinaria, la higiene, la medicina, la química, los transportes y no haya logrado imaginar un solo vicio nuevo en el largo curso de la historia conocida. "Se inventan, decía el atediado personaje, telégrafos, motores Diesel, televisión, bombas atómicas, radar, cinematógrafos de tres dimensiones, antibióticos, y no se ha podido descubrir un nuevo vicio para una humanidad corroída desde hace muchos años por la lima sorda de un absoluto y perenne aburrimiento. Tenemos el juego, la bebida, distracciones eminentemente costosas y más nocivas para la salud la una que la otra. Para unos pocos privilegiados existe la caza de las bestias feroces o meramente salvajes y hay hombres que creyéndose actores son cazados y a veces torturados sin misericordia en el juego de los afectos. Pero vicios propiamente nadie sabe de ningunos nuevos". Así se dice que razonaba el quejoso individuo de nuestro cuento.

No se sabe dónde ha residido este venturoso caballero. Sin duda en alguna región afortunada donde son desconocidos algunos de los más favorecidos inventos de la especie humana más reciente. Hasta el fondo de las más remotas aldeas y procedente de las grandes ciudades llega a merced de las ondas hertzianas el recuento minucioso de las palpitaciones del mundo sin diferencia por razón de las distancias. Lo mismo oye usted una serenata cantada en Cúcuta, que una ópera representada en New York, o una discusión parlamentaria en Atenas o en Indonesia, con el aditamento de lo que está sucediendo en un planeta abandonado a sus tristes destinos en política o falta de política desde la Colonia del Cabo, llamada Africa del Sur, hasta en la corte de su majestad el Mikado. Entre una noticia y otra le suministran al desprevenido cultivador de la radio noticias sobre la última galleta y sobre la manera de emborracharse sin perjudicar la salud de sus invitados.

El radio es un vicio nuevo. Lo cultivan los aficionados con asiduidad imponente. Sentados a escuchar pasan las horas deplorando que el sentido de la audición humana esté organizado de tal manera que no se puede escuchar más que a una persona a un mismo tiempo. Pero el vicio es tan exigente que hay quienes ponen el aparato a funcionar desde la hora del desayuno; porque tiene esta afición sobre otras la gran ventaja de que se puede gustar de ella mientras se come y mientras se ejercitan otras actividades del organismo. Cuando se llega a adquirir este vicio, el que lo practica insiste en dedicarle todas las horas hábiles del día. El jugador suspende el juego para ir a su trabajo de oficina o taller y para atender a sus negocios. No así el practicante privilegiado en el invento de las ondas aéreas. Como los castores y las ratas que comen trabajando y trabajan comiendo, el poseído de la falsa necesidad de usar el radio, oye el aparato mientras come y en su oficina recorre la correspondencia a tiempo que escucha los dulces compases de un concierto de innumerables artistas procedentes del Albert Hull de Londres. Tan sólo para dormir aisla el aficionado su instrumento, pero aún en esas horas de completo reposo para los sentidos, el de la audición se engaña a sí mismo con la ilusión de escuchar los acordes de una ópera italiana o el artículo de fondo del diario de la tarde que no pudo escuchar a su hora por la gracia de un locutor empeñado en recomendar las excelencias de un remedio para los callos.

Y no es el radio el único vicio de los modernos y tiránicos a que se ha entregado la especie humana. Para los que no pueden pagar el aparato se ha conservado el fonógrafo. Conozco a un venturoso marido que tiene una discoteca admirablemente catalogada por autores y materias, cuyas listas aumentan diariamente, porque así como el aficionado a la bebida se provee diariamente de nuevas especies, el que tiene el vicio del fonógrafo lleva discos nuevos a su casa por el temor de que algún día vaya un amigo a visitarle y tenga que reconocer que le falta un Ravel o un Caruso...

No nos ha invadido todavía la televisión, pero consterna el pensamiento de lo que llegará a ser la vida hogareña, cuando el dios de los aburridos satisfaga los deseos de sus adeptos y les traiga la televisión a estas remotas alturas del planeta. Qué placer tan grande contemplar lo que pasa en otros lugares sin salir uno de sus tranquilos lares! Ahí viene un vicio nuevo para los que se quejan de que la doctrina cristiana ha catalogado tan pocos. El privilegio de contemplar las grandes batallas le ha sido reservado hasta hoy a unos po-

cos civiles que desempeñan el oficio de corresponsales de guerra. Con el tiempo los viciosos de la televisión podrán contemplar de entre las paredes de su feliz hogar la destrucción en masa de ejércitos, de ciudades enteras volatilizadas en pocos segundos por los representantes de los más altos peldaños de una civilización que se agota, en sus esfuerzos hacia el mal.

Ni se ha enumerado todo el escalafón de los vicios ultramodernos: existe el del automóvil, caso extraño de una invención utilísima, que para algunos representantes de la elevada civilización del transporte rápido, ha venido a convertirse en una costumbre viciosa, tan viciosa que muchos amantes del ejercicio continuo de la tracción no poseen un solo automóvil, ni dos, ni tres, sino colecciones de esos aparatos, siendo así que no tienen más que un cuerpo para transportar, y que a pesar del volumen de su total contextura no es posible colocarla de una vez en dos o tres elegantes y poderosos vehículos.

A todas estas costumbres imperativas se une tiránicamente el cinematógrafo que una vez convertido en vicio domina por completo la psicología de sus víctimas. De este arte, bajo cuyos auspicios se ha formado la necesidad indomable de contemplar el movimiento en sus diversas formas, puede decirse que habría progresado con mayor dignidad y en líneas de más delicado y más exaltante sentido humano, si se hubieran seguido en su explotación tendencias menos influídas por la debilidad del hombre ante las apariencias de la movilidad meramente exterior de este atropellado personaje que parece haber concentrado toda su inteligencia en el empeño prevaleciente de andar mucho y de prisa.

El seis de Septiembre

Carta de *Luis E. NIETO CABALLERO* al Presidente Urdaneta Arbeláez.

(*Envío del autor*. En *Rep. Amer*).

Excelentísimo señor
doctor Roberto Urdaneta Arbeláez,
Encargado de la Presidencia de la República.
E. S. D.

Señor Presidente:

No al amigo de medio siglo, sino al magistrado a quien primordialmente incumbe velar por la vida, la honra y los bienes de sus conciudadanos, escribo estos renglones. Los escribo en un momento de depresión, de infinita tristeza, causados por la despedida a los jefes liberales, a quienes la permanencia entre nosotros se les hizo imposible, arruinados por el criminal ataque a sus propiedades y con la vida en peligro por la constante incitación de los perversos a eliminarlos. Cómo es de amargo que en esta hora de Colombia, después de tantos gobiernos democráticos y libres, se vean obligados a expatriarse hombres de la calidad de Alfonso López, de Eduardo Santos, de Carlos Lleras Restrepo, honor de la Nación y honor de América, mientras el falangismo voraz y atrabiliario, con órganos de publicidad que avergüenzan de la especie humana, siguen extendiendo sus tentáculos para asfixiar la libertad y acabar con la dignidad que nos queda.

No es usted el mismo colombiano que supo erguirse ante los envidiosos y ante los procaces que entraron a saco en esa su vida "honesta y pulcra, dedicada en mucha parte al servicio de Colombia", como dijo usted en su exposición del 13 de septiembre. Ese servicio de Colombia, prestado durante diez y seis años, sin un sólo día de descanso, durante las administraciones liberales, le valió los mayores vejámenes en las columnas del diario en que tiene puestas ahora todas sus complacencias. No solamente lo habían querido vituperar los de la misma pinta, en época anterior, por sus negocios, sino que en la nueva etapa lo consideraron traidor, vendido, "indigno de toda indignidad", expresión la última que quedó como estrellándose contra los muros del Senado.

Fuimos los liberales sus defensores. Fueron **El Tiempo** y **El Espectador**, diarios incendiados el 6 de septiembre en el crimen oficial más descarado que registran nuestros anales, los que usted ocupó con sus discursos, con sus descargos y los que combatieron en defensa de su nombre y de su pulcritud, contra la saña de los mastines de **El Siglo** que los despedazaban. Ni es usted la primera figura del partido conservador para quien hubo ese amparo. Largo es el desfile de Presidentes de la República, de Ministros del Despacho, de diplomáticos, de escritores, de jerarcas de la Iglesia, maltratados por la saña, por la sordidez de esos evenenados. a quienes se recogió, en los periódicos ahora sometidos a las llamas, con la misma bondad con que en las propias tiendas se van recogiendo los heridos mientras se desarrolla el combate.

Pero, le dije atrás, señor Presidente, que no era usted el mismo colombiano de aquellos días remotos. Su manera de obrar, su manera de pensar, su manera de expresarse, parecen prolongaciones de **El Siglo**. Para poder comprender ese tono, esos argumentos, esas citas del futbol y del cinematógrafo, rematadas con amenazas, a fin de que los que sufrieron cuantiosas pérdidas con los incendios sepan que con una ley especial se les pueden confiscar las ruinas, me he puesto a imaginar que, a semejanza del Presidente de los EE. UU. usted tiene su **ghost writer**, su escritor fantasma, que redacta, solo o en compañía, lo que usted, señor Presidente, lee después un poco como alucinado. Para algo llevó a su lado a Francisco Plata Bermúdez, Jaime Uribe Holguín y Guillermo Camacho Montoya, tres cronistas de **El Siglo**, cuya contribución, en sentimientos y en palabras, podría señalarse, casi sin peligro de errar, en esas páginas indignas de usted y de Colombia.

Al análisis, señor Presidente, del crimen que en la exposición que usted leyó apareció acertadamente calificado de ominoso, le faltaron indispensables retoques. Conviene destacar para la historia el carácter de premeditado y de oficial que tuvo. No se preparó el entierro espectacular de cinco agentes de la Policía, asesinados en lejano municipio en forma condenable por todo hombre de bien, pero de cuya muerte no había nadie responsable en la capital de la República, sin meditar las consecuencias. El desfile de sus colegas ante los cadáveres desfigurados por los asesinos o por los portadores; la invitación por carteles de las altas autoridades, empezando por la suya, señor Presidente; el previo consumo de alcohol que hicieron varios de los que habían de ir hasta el cementerio, pues se llegó a ver en la Plaza de San Agustín un camión repleto de mujeres desgreñadas, vociferantes, en repugnante estado de embriaguez y de torpeza; el paso por las calles más centrales de la ciudad de esa procesión, acompañada por sujetos que lanzaban los gritos más soeces contra los jefes y contra los periódicos del liberalismo; los discursos encendidos, provocadores, en el cementerio, y todo en una atmósfera caldeada por el diario que ha hecho una especialidad de la calumnia y del escándalo, algo más, de las teorías más aberrantes y criminales, calificadas de **paganas** por el "catolicismo" en artículo magnífico que los censores no dejaron reproducir en los diarios liberales; todo esto le indicaba al más lerdo que sucesos muy graves habrían de producirse en la ciudad tan pronto como las gentes regresaran de los funerales.

Cuando en años pasados fué asesinado por agentes de la policía, al pie de la estatua del General San Martín, y en compañía de varios amigos suyos, don Vicente Echandía, hermano de un ex-presidente ejemplar de la República, que en ese momento iba con él y ha podido ser víctima de los poseídos por el furor homicida, yo fuí comisionado para ir, con el doctor Alejandro Bernate y el ex-Comandante Francisco Calderón, a solicitar del Ministro de Guerra el permiso para celebrar las exequias. El titular en esa época, general Sánchez Amaya, nos dijo: "Comprendo muy bien el deseo de ustedes de rendir los mayores honores al hermano de su jefe. No en la Veracruz sino en la Catedral debiera ser el entierro. Pero mi deber principal se relaciona con el orden público. En el estado en que se encuentran los ánimos, un desfile por el centro de la ciudad es sumamente peligroso. Deploro no poderlos complacer pero en forma rotunda debo negar el permiso".

Usted, señor Presidente, en circunstancias mucho más graves, se ausentó de la ciudad, como se ausentaron el Ministro de Gobierno, el de Guerra y el Comandante General de las Fuerzas Militares, según declaración hecha por usted ante el país entero, sin sospechar, no obstante los gritos, el alcohol y el aspecto patibulario de los exaltados, "que del camposanto, que invita a la serenidad y a la reflexión, pudiera surgir el desenfreno". En el **New York Times**, donde apareció publicada como remitida esa doliente hoja suya, apareció también, el 11 de septiembre, en columnas editoriales, un comentario a los hechos acaecidos el sábado anterior, con esta reflexión acerca de las consecuencias que irían a tener los funerales: "To have courted this sort of outburst in a situation as tense and explosive as Bogota's today showed either a remarkable lack of responsibility or a determination to cause trouble". O dicho en español: "Haber acariciado esa especie de explosión en una situación tan tirante y explosiva como la actual, era mostrar una notoria carencia de responsabilidad o el propósito de causar disturbios".

En todos los países de América y en algunos de Europa los comentarios fueron iguales o más fuertes. He visto periódicos de Venezuela, Ecuador, Panamá, Costa Rica, Guatemala, El Salvador, México, los Estados Unidos y Francia, con artículos, en algunos, de hombres muy importantes, antiguos embajadores de Colombia entre ellos. Es inocente y es malicioso atribuírlos a propaganda colombiana. Los agentes de periódicos y de agencias de noticias del exterior, que de aquí comunican a sus mandantes todo lo que les parece interesante de cuanto sucede, debieron moverse con actividad inexplicable. Y los agentes diplomáticos comunicaron sin duda alguna a sus gobiernos lo que les pareció escandaloso. Es muy posible que el ciudadano de los Estados Unidos a quien vieron filmando desde el Hotel Granada las escenas espeluznantes del incendio de **El Tiempo** y el que hizo lo mismo desde el Hotel San Francisco respecto de **El Espectador**, lograran enviar las películas a sus respectivas sedes, en forma tal que en centenares de cinematógrafos del exterior se le ha debido estar mostrando al público lo que no dejará duda acerca de la intervención de agentes de policía y de empleados de las obras públicas y del Municipio en esa zambra dantesca.

En el pequeño grupo que vociferaba frente a **El Tiempo** en el que figuraban algunos detectives al lado de los empleados, azuzados en determinados momentos por individuos que desempeñan cargos en la Oficina de Propaganda que funciona en el propio palacio presidencial, había sujetos de los que con su simple presencia causan espanto. Nadie ha dicho, y afirmarlo es señalar a la más cruel de las venganzas a aquél a quien se le atribuya el concepto, que el ejército y la policía son criminales. Lo que se ha dicho y se ha probado repetidas veces, dando nombres propios y pidiendo en vano justicia contra sus atropellos, es que hay criminales en las fuerzas armadas, individuos responsables de haber asesinado inocentes, de haber lanzado prisioneros a la muerte desde aviones en vuelo, de haber torturado, mutilado, arruinado, violado, fusilado, a gentes campesinas, o de haberles incendiado sus ranchos, matado o robado sus ganados, arrasado sus cosechas.

Hay bandidos, los ha habido y los habrá, en todos los tiempos y en todos los países, responsables de crímenes espeluznantes,

que obran como cuadrilla de malhechores y son elementos perdidos para la sociedad porque resolvieron vivir al margen de ella. Pero hay otros que son hombres de bien, a quienes las inquidades de que han sido víctimas han lanzado a la desesperación y a la venganza, probablemente al crimen, todo reprobable, todo condenable, pero explicable, en la situación de ruina a que se vieron reducidos, heridos además en el alma por el sacrificio o la profanación de los suyos. Y hay los guerrilleros que tienen el ideal girondino de la lucha, el amor por la libertad, el odio por el despotismo, que proclaman el que en otros tiempos se llamaba **sagrado derecho de insurrección** y están en armas mientras no se les garantice que al deponerlas no habrán de ser objeto de vejámenes y expoliaciones. Pero los más feroces, entre los sacrificadores de vidas colombianas, son los uniformados. Más responsables aún los que dan órdenes desde sus oficinas para que se produzcan hechos como los asesinatos en la Casa Liberal de Cali, el incendio de Rionegro, la entrada a sangre y fuego en El Carmen de Santander, en Ceylán, en el Cocuy, en San Vicente de Chucurí, en El Líbano, en centenares de lugares grandes y pequeños de la mayor parte de nuestros departamentos, sin contar los hechos misteriosos como el asesinato del doctor Jaramillo Gómez, jefe del Control de Cambios.

Desde el día en que se declaró el estado de sitio, el Ministro de Gobierno, que es el mismo ciudadano que hoy desempeña el cargo y que era gerente de **El Siglo**, se preocupó por colocar en los llamados departamentos claves a los hombres más arbitrarios, los que cumplidamente asesorados por sujetos de malos hígados, sembraron como una maldición la violencia. Sordos fueron desde entonces a los alaridos y a las imploraciones. Nada les preocupó, distinto de extender su dominación, de quitarles el pan a los liberales en cualquier puesto en que se hallaran, de probar hasta dónde llegaba en ellos la capacidad de resistencia. Fueron de tal crueldad que hicieron evocar desesperadamente los días iniciales de la Patria, cuando los dominadores se llamaban Morillo, Warleta, Enrile, Sámano. Pero ninguno de ellos firmó un decreto de genocidio como el que convirtió en lugares de desolación los llanos orientales. Y ninguno se hizo responsable de incendios como éstos del 6 de septiembre.

Yo estuve en la intersección de la Avenida Jiménez con la carrera séptima a las cinco y media p. m. mirando hacia **El Tiempo**, hacia donde no podía pasarse, pero de donde un pequeño grupo de vociferantes, custodiados por la policía, y más tarde ayudado por algunos agentes, regaron gasolina y le prendieron fuego, deseosos de acabar con un santuario de la inteligencia. En compañía del doctor Alejandro Bernate pasé luego por **El Espectador**, donde, al parecer, se habían conformado los encargados de destruir las imprentas con quemar en la puerta la edición que había salido antes de las 5 p. m. Después los empleados del periódico habían bajado las cortinas metálicas, las más formidables del país. Con ellas queda el edificio como blindado, a prueba de piedra, de bala, de motín. **El Espectador** se salvó, le dije al Dr. Bernate al acompañarlo a su casa y seguir luego a la mía hacia las seis de la tarde. Entre las 7 y media y las 8 p. m. telefoneó un amigo para decirme que los manifestantes se habían presentado con barras, picas, hachuelas, para ver de derribarlas. Agentes de la policía los custodiaban. Se diría que los atacantes estaban cumpliendo una tarea bajo la vigilancia de los maestros. Según el Ministro de Guerra, a Bogotá se la pueden tomar en diez minutos. Pero gastaron hora y media en tomarse **El Espectador.** Los golpes no fueron suficientes. Para poder vencer aquellas puertas hubo necesidad de apelar a los tacos de dinamita. Por el roto que hicieron metieron palancas para abrirse paso, sacar las máquinas de escribir, de sumar, los archivos, el busto de bronce de don Fidel Cano, y arrojarlo todo a la calle, al propio tiempo que derramaban gasolina para producir el incendio. El amigo que me había llamado por teléfono, cuya residencia se halla muy cercana al edificio de **El Espectador**, me comunicó entonces que las llamas se levantaban como sierpes y parecían querer envolver aquella soberbia construcción para abatirla.

Y fué a las nueve o diez de la noche cuando supe que estaban incendiando las casas de los doctores Alfonso López y Carlos Lleras Restrepo. Me dirigí a la del último, que era la que me quedaba más cerca. Al detenerme, con el amigo que me llevaba en su automóvil, para ponerle gasolina en una bomba, vimos cómo, en una especie de camión cuatro civiles y tres agentes de policía subían con canecas y tarros que acababan de llenar para arrojarlos luego en la casa del insigne jefe liberal, cuya familia y un grupo de niñas que se hallaban allí en una fiesta, por ser el cumpleaños de la menor de sus hijas, se habían salvado milagrosamente, como se salvó él, no solamente de los tacos de dinamita sino de las balas de los agentes que, habiendo asaltado una de las casas situadas a espaldas de la suya, se hallaban con los rifles tendidos para disparar apenas lo vieran asomar al tejado, por donde suponían que tendría que salir de la casa incendiada. Amigos que estaban en la esquina me contaron que el Alcalde, señor Briceño Pardo, llegó a contemplar el incendio. Su única exclamación, no obstante ser primo del Dr. Lleras Restrepo, fué: "Cómo arde de sabroso Ahora sí comprendo el goce de Nerón". Otros menos estetas, pero más prácticos, echaban gasolina y fósforos encendidos. Las llamas se levantaban voraces, envolvían una cortina, un tapiz, un armario, y volvían a apagarse. "Más gasolina, teniente", gritaba uno de los del trabajo. A corta distancia había una bomba que prácticamente vaciaron. La casa fué quemada cuatro veces. El más devorador de los incendios fué a las cinco de la mañana. Antes de empezar, la habían saqueado. En la puerta, bajo la mirada de los agentes, vendían los rateros, por lo que quisieran darles en dinero, lo que iban sacando. Un diplomático me dijo después: "Yo vi agentes de la policía regando gasolina. Nunca pensé que semejante acción pudiera cometerse".

Mientras eso ocurría, la casa del doctor Alfonso López, a veinte pasos de la de usted señor Presidente, era incendiada. Usted, según dijo por la radio, se encontraba en el Palacio de la Carrera desde las 7 p. m. Los incendiarios habían empezado su tarea a eso de las 8 p. m. En la casa de usted había una guardia numerosa. Entiendo que dispone de ametralladoras. Y en la Biblioteca Nacional, frente a la casa del doctor López, otro pelotón tiene número y fuerza bastantes para desalojar a un adversario de cuenta. Nadie se movió. Estetas, como el Alcalde, debieron probablemente hallarse complacidos en la contemplación de las llamas. Usted, señor Presidente, en alocuciones anteriores había señalado al doctor López a la atención de las fuerzas armadas, cuando afirmó que él las había situado en el mismo plano con los bandoleros. En la exposición del 13 no vaciló en repetirlo. Por eso el Dr. López había dicho que si caía antes de tiempo no se fuera a buscar al ahogado aguas arriba. Como a él también le gustan los poemas de Caro, al salir del país, arruinado, amenazado, aunque sin quejarse, porque tiene un alma que, lo mismo que la de Lleras Restrepo, nos produjo a sus amigos admiración y pasmo, debió irse repitiendo estos versos de don Miguel Antonio: "Al ver la mano amiga que ingrata herirme pudo, el golpe, ileso el cuerpo, al alma me llegó..." (1).

Casi con lágrimas en los ojos unos cuarenta o cincuenta amigos, porque estrictamente fué limitado el número, vimos partir a los jefes. Agentes de la policía adelante, agentes en el medio, agentes atrás, nos hicieron dar un centenar de vueltas, en forma de no saber si nos dirigíamos a Madrid, al antiguo aeródromo de Lanza o al campo de aviación de Techo. En un momento en que el automóvil en que iba el Excelentísimo señor Embajador de Venezuela, doctor Luis Jerónimo Pietri, con sus ilustres asilados, se detuvo, para comprar un periódico, salieron de todas partes agentes como si se hubiera tratado de una revolución o de una fuga. De la Embajada a Techo no había menos de dos mil hombres con el fusil al hombro. Algo incomprensible. Y a la Embajada se habían introducido unos detectives dizque con el propósito de ver ¡"si se estaba observando la Constitución"! En la puerta los puso el señor Embajador, a quien fué necesario que se le ofrecieran luego excusas por el abuso que habían cometido, sabe Dios con qué intenciones, esos individuos acostumbrados a las cosas más raras.

En su exposición dijo usted, señor Presidente, que no se explicaba sino como un deseo de causarle daño al país, en su reputación ante el extranjero, el asilo solicitado por los doctores López y Lleras, a quienes nadie estaba persiguiendo, que no corrían peligro alguno y que podían contar con todas las seguridades que les ofrecía el gobierno, ampliamente capaz de hacerlas efectivas. Cómo sonó en todos los oídos esa declaración, hecha en momentos en que se removían de los hogares de aquéllos las cenizas de los muebles, de los cuadros, de las bibliotecas, de los archivos, de toda clase de bienes acumulados a través de la vida, y a eso reducidos por la acción que usted mismo consideró execrable.

Garantías ofrece usted, señor Presidente, pero conserva al Ministro que en un banquete hizo la declaración de que debían abatirse diez liberales distinguidos por cada agente de policía o cada soldado que cayera en lucha con los bandoleros. Declaración fría, no producto del alcohol, como en los subalternos, convertida en carteles y hojas impresas, repartidas a las fuerzas armadas como un consuelo y como una instrucción. Garantías, después de que había estallado como un anticipo hace dos o tres meses, una bomba de dinamita en la puerta del hogar del doctor Lleras Restrepo, como estallaron más tarde en las de los doctores José Joaquín Castro Martínez y Roberto García Peña, sin que hasta la fecha se haya sabido de providencia alguna destinada a librar a los jefes liberales de tales asechanzas.

Garantías, después de que en forma tranquila manifestó el señor Ministro de Guerra que había hecho ocupar la casa del doctor López en los Llanos, en su hacienda Potosí, por fuerzas armadas, que dispusieron de todo lo que encontraron, mataron un núme-

(1) **Poesías latinas.** Pág. 227.

(*Concluye en la pág.* 10)

La dádiva de los antiguos dioses

"Luz de Candileja"

(El adiós a Chaplin y de Chaplin)
Por *SALARRUE*

(En *Rep. Amer.* Colaboración)

Nos hablan de los dioses antiguos y de los dioses modernos. ¿Quién nos habla? Alguien nos habla... Lord Dunsany por ejemplo; por ejemplo, H. J. Wells. También yo podría decir algo de mis dioses Dathdálicos: Marmuti, Oli, Und, Shintara y Kankosú. Los dioses comienzan a ser modernos en la Biblia, en el Mahabarata, en el Popol-Vuh... Cuando hablamos de los antiguos dioses acaso nos estemos refiriendo a los dioses modernos cuando eran niños. Por lo tanto, los antiguos dioses (contra lo que siente el alma romántica) no son los más solemnes, ni los más andrajosos, ni los más barbados, ni los de talla tosca de aluvión sino los más bellos y dulces dioses puesto que son dioses niños, dioses jugando o "brincando" (como diría un portugués, y es lo mismo), dioses risueños, que montan en la rueda del zodíaco como en su carrousel o que van al circo (de la carpa azul) del día.

Digo todo esto como preámbulo a una alusión laudatoria sobre Charles Chaplin y porque mi amigo el pintor escocés Allan Torrens me ha dicho en Broadway anoche: "Su gracia es una dádiva de los antiguos dioses".

Esto es la pura verdad. Aquellos viejos dioses, como eran aún niños, pensaron que un "clown" era lo mejor entre los hombres.

Volvamos a leer lo que Wells escribió de los dioses que concedieron poder ilímite a un hombre, escogido al acaso, y por experimentar qué sucedería. Le tocó en suerte a uno que iba, en aquel instante de capricho divino, por una callejüela oscura de Londres. "Este", dijeron señalándole con el índice de la divina diestra. En el gesto iba el magnetismo mágico y el hombre, al entrar en una taberna, entre trago y trago y sin saber qué era lo que le hervía en el ánimo mandó a una lámpara que se pusiera cabeza bajo y la lámpara obedeció al instante. "And then the fun began" ("Y allí empezó la cosa", como dicen en inglés).

Los dioses que concedieron esa terrible gracia a un hombre que, si mal no recordamos, terminó en un tirano sin control posible, son los dioses *ficticios* de H. J. Wells. Los viejos dioses y su hombre de la calle oscura son inventados para regodeo de lectores, y está bien. Pero los viejos dioses niños que señalaron con su dedo nacarino a Charles Chaplin son auténticos dioses, aunque no se miren, y su nombre, él, es conocido y real, de carne y hueso, y la gracia que le concedieron, como la concedían *dioses niños*, se quedó en eso, en *gracia*.

En mi cuento aquel sobre Chas-Chap intitulado *Un Clown*, hablando de cómo el "clown" quiso librarse un día de la absorbente personalidad que empezaba a nulificar su vida *personal* de hombre de la calle y de la escena, refiere éste a Rebeca, su amante, cómo aún intentó destruirle valiéndose del ardid de ponerle en ridículo ante el público "ensayando unas cuantas frases de payaso adocenado y unas cuantas poses tontas". Pero la gente escapó a morir de risa con aquéllo, "porque yo era Chas-Chap y porque una simpleza de Chas-Chap sólo acertaba a ser una bomba hilarante. Porque entre mis manos de niño torpe la paja se torna en oro, los guijarros en flores, las cerillas en soles resplandecientes; porque lo que yo toco se diluye en risa, porque soy la gracia fatal".



Chaplin y su máscara

La gracia, sí señor, le han concedido la gracia de la gracia, síntesis de un talento genial. Desde *The Kid*, hasta *Limelight* pasando por *Vida de Perros, Armas al Hombro, La Calle Fácil, La fiebre de Oro, El Circo, Luces de la Ciudad, Tiempos Modernos, El Gran Dictador* y *Monsieur Verdoux*.

Pero entre *El Gran Dictador* y *Limelight*, quizá desde *Tiempos Modernos*, hay un paréntesis de silencio, de desconfianza, de olvido, de infidelidad del público; aun de *su* público que es grande y refinado. Por una especie de costumbre, de instinto colectivo, el público quiere (sin decirlo claramente) entender que con la llegada del sonido al cine Chaplin se acabó. Pero Chaplin, como todo el que ama la vida, la existencia, su existencia, no quiere acabarse, sobre todo cuando tiene derecho a vivir y él lo tiene, un derecho inalienable a seguir hasta la muerte, por aquello del índice divino que le concedió la gracia de la gracia, sin mengua. Acaso él, en su calidad de Mr. Chaplin (el Enrique Smith de mi cuento) abomine de la escena. Pero allí se lo está diciendo a la "bailarina" cuando le reconviene por haberle dicho antes que él, Calvero (el gran payaso de *Luz de Candileja*) odia la escena y sin embargo no quiere fugarse con ella y hacerla su esposa: "¿Qué quieres?... También me repugna la vista de la sangre, pero la llevo en las venas".

Luz de Candileja (o "Luz de Proscenio", como quiera traducirse *Limilight*) es la última película de Chaplin. Y nadie me autoriza a subrayar esas dos palabras: *la última*, pero yo lo hago para que se entienda que él mismo lo ha creído así en la conciencia o en la subconsciencia y sólo una obra portentosa, ultra-extraordinaria, podría seguirle. En *Luz de Candileja*, Chaplin se roba, casi violentamente, el derecho de trasmitir al público, a su público universal y aun a su público particular (el exquisito, amante y amado) su resentimiento inmenso por reales o supuestas infidencias. Mr. Chaplin sabe que Charles, su hijo bien amado, merece otra cosa, no puede ser aclipsado con indiferencia ninguna. Su hijo es él mismo y él lo sabe. Y en una extraña amalgama de humildad y de orgullo, de lágrimas y rictus (a más de su risa de payaso) lo hace saber al mundo. *Limelight* ha sido hecha para eso: para que el público le redescubra, en primer lugar, para que le vea aún pasar *vivito y coleando*, con su forma única de colear, detrás de aquella pantalla extraña que es ese Calvero y, además, para que el mundo entero le vea morir.

Y no es que le veamos morir en su calidad inmortal de "tramp' callejero, el de la caña y el bombín, sino en su calidad noble, digna, de Charles Chaplin, el hombre que los dioses niños escogieron para enseñarnos el divino ejercicio de *reír llorando*, ese reír llorando que no es llanto de risa sino llanto de hombre y risa de niño, todo en uno. Porque él es el "clown" integral, que nos divierte y a la vez nos tortura, que funde en una sola las dos tradicionales máscaras de la escena, en la que ríe y llora, sincrónicamente: la cara picaresca de Charles y el digno y resentido y amargado de Mr. Chaplin tal como se le presenta en la cubierta del recordatorio de *Limelight*.

No hay instante (en toda la película) de emoción más intensa que aquél en que, ya sin maquillaje, Chaplin (quien está agonizante) se hace llevar entre bastidores para ver bailar a su amada Terry y muere allí antes de que ella termine. ¡Pero qué muerte...! Charles Chaplin, ante sus públicos del mundo, se pone a morir. Le vemos morir para que se sepa que muere porque es hombre y no payaso solamente. Un escalofrío de dolor quintaesenciado cruza por el arpa de los nervios cuando le cubren (en un "closs-up" terriblemente calculado) con mantas blancas... para siempre...

¡Para siempre!... Pero para siempre Sí, no para siempre No.

SALARRUE.

New York, N. Y. 1953.

El hombre en medio de las realidades y no de los mitos

Por *Jorge CARRERA ANDRADE*

(Colaboración.—En *Rep. Amer.*)

(*Fragmento de un discurso pronunciado en La Sorbona, en París, en un homenaje del* Círculo Paul Valery *al autor*).

La sombra augusta de Valéry otorga una grandeza solemne a este recinto de arte y de meditación. Para mí, el nombre de Paul Valéry es una fuente de enseñanza y de pensamiento. Porque el poeta de *La Jeune Parque* aporta a la poesía una contribución maravillosa: el rigor, envuelto en los más ricos y sutiles velos, tejidos por la inteligencia. Durante más de un siglo, la poesía se había deformado al verterse en las más extrañas vasijas o al correr libremente por el sólo placer de abrir un nuevo cauce. Valéry lleva por canales de oro la onda transparente y la conduce a los vasos más preciosos y musicales. Mas, su trabajo no consiste únicamente en la modelación de formas armoniosas, sino que, de paso, modifica también el contenido, enriqueciéndolo con los matices y los fulgores espirituales más inesperados. De esta manera se presentan juntas en su poesía —lo que no ha ocurrido frecuentemente en la historia— esas dos raras virtudes, hostiles a veces entre sí: la perfección y la profundidad.

Valéry me enseñó las más elevadas normas líricas, como un preceptor invisible venido de la más joven y eterna antigüedad. Y mi devoción me llevó a intentar la traducción de sus poemas a la lengua de Góngora y Darío. En algunos meses de trabajo pude dar a conocer en español el *Cementerio Marino* —del que existían ya una hermosa versión de Jorge Guillén y otras tentativas más o menos felices, realizadas en castellano por Emilio Oribe, Jorge Rojas, Olivares Figueroa— *Cántico de las Columnas, Estudio para Narciso, Las Granadas, La Abeja, Helena* y otros poemas. Y emprendí una obra más ardua: la traducción de *La Jeune Parque,* a la que dediqué tantos días de mi vida, iluminados por el descubrimiento del símbolo y el gozo del hallazgo del vocablo español, exacto, que correspondía fielmente a la palabra francesa original, como la imagen al diamante colocado frente a un espejo.

Mas, a pesar de tan sutil aprendizaje, mi poesía siguió un camino apartado del dominio intelectual del autor de *Monsieur Teste.* Mi experiencia poética es distinta de la de Valéry, habitante de un país de la más antigua civilización, donde la naturaleza amaestrada, los monumentos de una historia ilustre y las obras de los grandes creadores de la cultura humana ofrecen al espíritu su cotidiano alimento de sueños, conocimiento y filosofía. Los años de mi juventud, por el contrario, transcurrieron en medio de un paisaje elemental y entre seres primitivos. Existencia campesina, lejos de las rutas del mundo, a merced de los fenómenos naturales —volcanes y ríos devoradores de hombres— y de los abusos de los gobernantes autócratas, entretenidos a veces en pequeñas guerras civiles, en el escenario de follaje de las haciendas de la

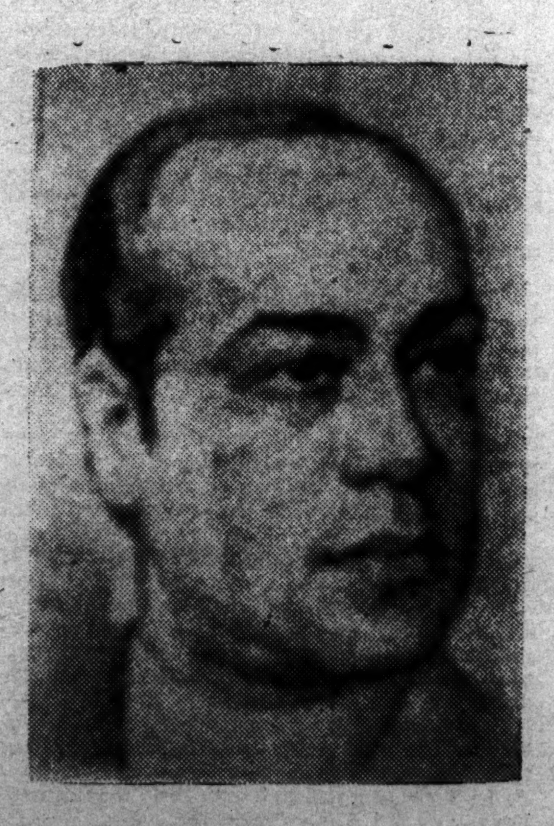


(Dibujo de *Ramón Batlle*)

✱

cordillera o los campos de caña de azúcar del litoral.

Buscar los libros deseados, construirse un mundo propio, educar el gusto artístico sin maestros, defenderse del cerco cada vez más estrecho de la barbarie, domar el lenguaje imperfecto, encontrar la belleza de las cosas circundantes y elevarlas a la categoría estética: tales son algunas de las tareas primordiales del poeta en los países todavía escasamente desarrollados. Acaso, el escritor europeo no comprenda a veces ciertas actitudes del escritor hispanoamericano, ciertas inconstancias en el pensamiento, cierta escasez de producción y falta de continuidad en la obra. El motivo es muy simple: la literatura no es una profesión en muchos países de la América española, y la poesía es considerada más bien como la marca de un destino funesto; además, el poeta —como los demás hombres— se halla mezclado a la lucha política y a la construcción social y material de su país. El poeta es frecuentemente periodista, maestro de escuela, agricultor, abogado, funcionario público o soldado de la revolución. Sabe que es uno de los fundadores de la cultura de su pueblo y no se niega a ejecutar los más humildes oficios. Al contrario del hombre encerrado en la galería de cristal de su biblioteca —convivio de sombras ilustres— el poeta hispanoamericano es un hombre que canta en medio de la muchedumbre.



Jorge Carrera Andrade

No podía yo sustraerme a la influencia de mi tierra ecuatorial. El escenario del trópico. "Quito, centro de la zona tórrida", decían los colonizadores españoles, me dictó mis primeros poemas. Luego, el anhelo de conocer el mundo motivó mi gran pasión por la geografía. Entonces escribí la poesía del viaje; mas, ésta es la aliada fatal de la poesía del regreso, en ese movimiento continuo de ondas concéntricas que aparecen en el agua y terminan allí donde comenzaron.

En los escritores franceses del siglo xix aprendí el impulso generoso hacia el pueblo, el buceo de las profundidades espirituales, el respeto a la conciencia insobornable. Luego, Baudelaire, en la extraña compañía de Francis Jammes, Rimbaud al lado de Jules Renard, vinieron a visitarme y dejaron sus huellas en mi poesía. Huéspedes tan dispares, ellos encarnaban sin embargo, mis preocupaciones de esos tiempos, las oscilaciones de mi corazón entre la vida campesina y el supremo refinamiento de las ciudades más cosmopolitas, entre la simplicidad rural y el complicado universo.

Hombre solamente de dos estaciones, presentí el otoño antes de conocerlo en los bosques europeos. Y no me sorprendió el espectáculo del Arco del Triunfo o de la Torre Eiffel, pues ya los había visto en mis sueños sudamericanos, como había presentido igualmente a Apollinaire, a Cendrars, a los poetas unanimistas, a Valéry.

Los románticos, Hugo, las figuras mayores del simbolismo fueron mis maestros, en la época de mi juventud. Mas, la irradiación lírica del surrealismo ya no alcanzó a mi trabajo poético. Mientras la generación capitaneada por Breton, Eluard, Peret y otros, iba en busca del Inconsciente, me interesaba yo más en la conciencia y en el realismo. Un realismo más auténtico, rico de experiencias sensoriales, venía a enriquecer la poesía. Se hubiera dicho que el mundo estaba recién descubierto. Alrededor del hombre, todo era nuevo, virginal. El hombre en medio de las realidades y no en medio de los mitos: Tal es le sentido de mi poesía.

París, 1953.

El seis de Septiembre

(*Viene de la pág. 7*)

ro considerable de reses, no para consumirlas sino en mínima parte, porque el propósito principal era causar daño a un hombre ilustre, a quien se le cortó toda comunicación con su hacienda, al extremo de no poder confirmar la versión que le llegó, de que le habían fusilado a catorce de sus trabajadores. Garantías cuando se sabe de qué manera son tratados los que llegan a caer en poder de ciertos hombres sádicos.

Los liberales tenemos noticias de las protestas, en el propio Consejo de Ministros, de los que tienen sentimientos cristianos. Y la tenemos de la labor apostólica, enternecida, adolorida, del Ilustrísimo señor Arzobispo, Monseñor Crisanto Luque, y de la de varios eminentes sacerdotes, que al intervenir para que los incendios no se produjeran fueron injuriados y amenazados. La tenemos también de la abnegada, valerosa, discreta y contra la voluntad de sus miembros, ineficaz, campaña desarrollada en varias regiones por el Comité Pro-Paz, en el que también han figurado esclarecidas figuras de la Iglesia. Enterados estamos asimismo de la manera poco respetuosa como se expresó del señor Arzobispo el Ministro de Gobierno, doctor Luis Ignacio Andrade. Y de lo que se viene adelantando contra el Excelentísimo señor Nuncio, Monseñor Antonio Samoré, cuya labor evangelizadora, conciliadora, de auténtico cristianismo, parece no haber sido del agrado de la trinca que nos domina, de la que usted, señor Presidente, puede ser una víctima o acaso un prisionero.

Ante nada ni ante nadie se detienen esos hombres. Hay como una herencia morbosa y hay una reacción contra los sentimientos que inspiran los que así se mueven a la inversa de lo que era una tradición de pulcritud y de hidalguía en Colombia. Así se explican el desenfado y el paganismo con que desfiguran cuanto ocurre los que no vacilan ni ante los creadores de la República, como lo atestiguan los ataques enloquecidos de que periódicamente es víctima el General Santander. Lo complementan todo con elogios insinceros, eaxgerados, frecuentes, al ejército y a la policía, aunque para nadie es un secreto que en ambos cuerpos se encuentran elementos dignos, individuos de sentimientos amables, que cuando pueden hacen conocer su indignación con los procedimientos a que han venido apelando los que por medio de la violencia se adueñaron del poder y creen que sin ella no lograrían conservarlo.

Comentan también esos respetables elementos de las fuerzas armadas el enriquecimiento sin causa de algunos oficiales; las facilidades que a éstos les han dado los comisariatos para negociar en licores, ropa de señora, juguetes, conservas e innumerables artículos de los que traen los comerciantes con grandes dificultades y pagando altos derechos, para encontrarse enfrentados a la ruina con esa competencia; el abuso de los que en el Llano negociaban en ganado con los llamados bandoleros, para hacer rápidamente verdaderas fortunas; y se detienen a meditar en su propia suerte, mal comidos, mal alojados, mal pagados, obligados, en muchos casos contra su conciencia, a observar en aldeas inocentes y en los campos eglógicos la consigna feroz de **sangre y fuego.**

No corresponde a la realidad la afirmación de que después del 9 de abril de 1948 la nación no ha tenido sosiego. La versión que usted dió, señor Presidente, del papel del liberalismo en esa fecha aciaga, deja en olvido el servicio colosal que éste les prestó al país y al gobierno. El asesinato del doctor Jorge Eliécer Gaitán, caudillo amado de las masas, enloqueció a muchos de sus partidarios. Pero a éstos se juntaron sujetos del hampa, liberales y conservadores, o mejor dicho individuos sin partido, y los delincuentes comunes, para quienes se abrieron las puertas del panóptico, gentes con hambre y gentes con instintos carniceros, para formar un conjunto criminal, que estimulado por el alcohol y por los gritos de caverna, cometió todas las depredaciones.

Creo que muy pocos escritores en Colombia me han igualado en la severidad de los términos para calificar los hechos de aquel día, que nos avergüenzan ante el mundo y, peor aún ante nosotros mismos. Pero es inconcebible cargar con las culpas de la multitud abigarrada, exasperada y embrutecida, al liberalismo. Los damnificados, en su gran mayoría, fueron liberales. Fué quemado **El Siglo** y fué quemado el hogar del doctor Laureano Gómez. Hechos nefandos los dos, dignos de execración, que yo condené con palabras vehementes. Pero también fué incendiada la revista liberal **Cromos**, por bandidos que yo no llamo conservadores sino sencillamente bandidos. Y cómo no indignarse ante la criminal destrucción del Palacio de San Carlos, del Palacio Arzobispal, del Palacio de la Nunciatura, del Instituto de la Salle, de tantas otras cosas?

El Presidente doctor Ospina Pérez, lo mismo que su esclarecida esposa, asumieron una actitud heroica, que no fué imitada por otros jefes conservadores. Las anécdotas a ese respecto son interminables. Yo estaba en México, de donde le escribí al presidente y les escribí a los sacerdotes del "catolicismo" cartas de las cuales no retiro hoy ni una palabra. Diez meses después regresé al país. Citado por el doctor Ospina Pérez, pasé un día hora y media en su despacho, sin hablar prácticamente otra cosa que del 9 de abril. "Donde usted está sentado, me dijo, estaba don Luis Cano, a quien tanto he querido y a quien tanto le debe mi gobierno. Casi me imploró cuando de pronto dijo: "Señor Presidente! usted ha hecho un gobierno que ha merecido el respeto de todos. Complete su obra y quede luminosamente ante la historia retirándose del poder para salvar del caos a la República". Entonces, continuó el presidente Ospina, tuve una frase que ha rodado con fortuna". "Muy hermosa y valiente, interrumpí: para Colombia vale más un presidente muerto que un presidente fugitivo..."

De todo esto sale una conclusión: el liberalismo no fué a tomarse el poder por asalto, sino a convenir con el presidente en los medios más eficaces para restablecer el orden. Le aceptó a él sus puntos de vista y el país se tranquilizó al saber que, como en tantas otras épocas de dificultad o de conflicto la orientación era sabia desde el momento en que marchaban de acuerdo los dos grandes partidos históricos. El servicio colosal que el doctor Darío Echandía y sus compañeros le prestaron al país y le prestaron al gobierno fué reconocido repetidas veces por el presidente Ospina Pérez, en mensajes llenos de gratitud, dirigidos a ellos o dirigidos al Congreso. Porque el Congreso le prestó también, con sus mayorías liberales, una ayuda decisiva. El doctor Ospina Pérez se encuentra actualmente en Bogotá y puede confirmarlo. En los anales de las cámaras, además, así como en los diarios de la época, se pueden verificar estas apreciaciones, que no están de acuerdo con lo que usted, señor Presidente, leyó en la exposición del 13 de septiembre.

Ahora, para los hechos infinitamente más graves que los de las turbas del 9 de abril, porque fueron oficiales, sin bomberos, a quienes no dejaron llegar o a quienes les permitieron el simulacro de apagar cuando todo estaba consumado, razón por la cual la felicitación del Alcalde es muy curiosa, convienen investigadores no solamente imparciales sino de evidentes capacidades jurídicas. El doctor Daniel Valois Arce, en patriótico artículo publicado en **Diario de Colombia** dos días después de los crímenes, recordó que el doctor Ospina Pérez les había confiado el caso del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán a ilustres investigadores liberales. Alabando el jurista conservador por esa iniciativa, escribí para **El Tiempo** una nota en que recordaba que, cuando el General Justo L. Durán fué asesinado, también fué confiada la investigación a un jurisconsulto liberal, el doctor Juan Samper Sordo. Pero los censores de **El Tiempo** no permitieron que mi nota saliera.

Ahora le pido a usted, señor Presidente, de manera directa, que intervenga para que se haga cumplida justicia. Hay jueces en que los liberales no creemos. Ni tampoco ciertos conservadores. El doctor Hernando Zamora, vecino suyo en la calle 24, hombre de carácter y hombre de corazón, conservador de toda la vida, no vaciló en decir a quien encontró en la casa arrasada del doctor Alfonso López pidiendo algunos informes, que todo eso era "una vagamundería". No habían averiguado por qué en otra casa cercana, donde la dueña alquila piezas, se habían presentado unos agentes, cuatro o cinco días antes del incendio, con la orden terminante de que la desocupara en el término de veinticuatro horas. Ella se fué al departamento de Higiene a mostrar los papeles con que, después de cuidadoso examen, la habían autorizado para abrir su inquilinato. Allá le dijeron: "Nada tiene que ver la orden con la higiene. Es orden superior". Lo superior fué el incendio.

Ahora sí, para terminar, quiero hablarle al amigo a quien me duele ver cómo va por un despeñadero en que no quedará patria. Medite en que usted es el presidente de Colombia, con títulos que no salieron de la violencia sino del Congreso. Haga que vuelva a su gerencia el que tantos dolores ha causado desde el Ministerio de Gobierno y tan extendida reputación ha ganado de insensible. ¡Busque ministros que se parezcan a los que protestaron por los hechos inauditos del seis de septiembre, y prescinda de los demás, que le hacen daño! ¡Desautorice a esa juventud que, creyendo halagarlo, dirige circulares en que brama el consejo de asesinar a diez liberales por cada policía que caiga en cualqueir parte! Recuerde que al encargarse del poder invocó usted a uno de sus deudos para pedirle a Dios como lo hizo él, que durante su gobierno no fuera a correr sangre. Porque no es sino sangre lo que ha estado corriendo... ¡Sangre y lágrimas! Vertidas entre alaridos y maldiciones, en una nación desesperada. Que Dios le permita, señor Presidente, para prestigio de su nombre, desandar el camino y devolver la verdadera paz, que es la basada en la justicia y la amparada en la libertad, a Colombia.

Señor Presidente,

(Fdo.) **Luis Eduardo NIETO CABALLERO**



Discurso

Por Pedro CABA

(En Rep. Amer.)

El verbo "discurrir" tiene en español dos sentidos netamente diferenciados, hasta el punto de llegar a ser o parecer contrapuestos. De una parte, decimos que el agua *discurre* por el cauce y la gente por la avenida. Esta fué la primera acepción que tuvo el verbo "discurrere" en latín y su equivalente en español. Pero de otra, el *dis-currir* es oponerse, o desviarse al menos, del *correr*. Este segundo sentido aclara por qué el *dis-curso*, como operación mental, aparece cuando el hombre se aparta del *correr* de la calle para quedar marginado y meditativo en la orilla de la vida tumultuosa que fluye, y en vez de correr (*currere*) frena la andadura, se aparta o desfibra del haz de la corriente de lo tumultuoso humano, y se pone (y casi se *o-pone*) a *dis-currir*. Siempre el intelectual, el hombre meditativo, nos parece solitario y lento en su andadura un poco al margen de la vida colectiva, convulsa y espumeante.

Observemos que todos los actos intelectuales aluden a esta suspensión o distracción de lo vital y multitudinario para quedarse al margen, devanando lentitudes y silencios al huso de la propia soledad. "Pensar" deriva de "pensare" que significaba a la vez, pensar y colgar o pender, pues el que *piensa* queda *sus-penso*, oscilante, dubitativo, precisamente porque *pesa* o mide como en la balanza de su intelecto. Y el pensar y el medir es un acto de perplejidad. Por eso, el *pienso* del ganado tomó probablemente su nombre del hecho de darlo a las caballerías en bolsas que penden o cuelgan del hocico. Por donde el pienso animal o ganadero resulta un símbolo de lo intelectual. Observemos, sin demasiada ironía, ese raro perfil de intelectual que toma el animal cuando come lentamente su pienso, y ese aire rumiante que se percibe en todo intelectual de raza cuando está pensando. Notemos que saber deriva de "sapere" y alude a un sabor o paladeo, en golosa soledad; y que "cogitare" es, en principio, un "coger" y comer en rancho aparte; y que "de-ducir" es sacar y aun *son-sacar*; y que "re-flexionar" indica retraer la atención del mundo de los demás, para hacerla recaer en sí mismo. Siempre nos encontramos con que toda operación intelectual es un apartarse, un recluirse en la propia guarida par roer la osamenta de los conceptos y las cosas cazadas en las selvas de lo social.

Pero el hombre no sólo dis-curre (en el doble sentido, intelectual y callejero) sino que también *ocurre* y *trans-curre* como ser temporal que es, y *concurre* a la plaza, al mercado y al espectáculo, y *re-curre* a los demás y tiene *o-currencias* (hallazgos o tropiezos imprevistos) y *re-currencias* o caídas, hábitos y reiteraciones.

Y ocurre ahora que el que más *dis-curre* intelectualmente, menos habla oralmente, como si la oratoria y el parloteo tuviera más de riada e inundación incontenida y callejera que de recurso y discusión mental y reflexivo. El que más *dis-curre* con el intelecto, menos *dis-curre* con los pies, (que es el modo de *dis-currir* de las muchedumbres) y menos gusto encuentra en *con-currir* a donde los demás van en piaras de multitudes arrastradas, móviles y gesticulantes... Y viceversa, el que más gozo halla en *con-currir* a donde los demás se reunen para *discurrir* moviéndose; el que más *re-curre* a los demás y más caídas o *re-currencias* tiene en lo multitudinario, es el que menos piensa, el que menos *dis-curre* con su intelecto, y que más parece necesitar del *pienso* o lugar común, de que tanto necesita el ganado humano.

Hoy, época de muchedumbres mal canalizadas en las grandes urbes, hay más gentes que *dis-curren* por las calles y las avenidas y son las que menos placer hallan en *dis-currir* con el intelecto por las grandes vías del pensamiento y la meditación. Como el hombre no sabe ya estar sólo, *dis-curre* con los demás *con-curriendo* con ellos para hallar el sucedáneo al pensamiento que le falta. Antes, en la ciudad, en la pequeña ciudad (como hoy todavía en la aldea) la gente paseaba, andaba despacio, *dis-curría* (en ambos sentidos) con premiosidad y respetando el discurso personal de cada uno. La gente no iba rápidamente a ninguna parte y cada cual *iba a lo suyo* guiado por los hilillos de su propio pensamiento, de modo que cada cual iba a donde tenía que ir. Pero hoy, en la urbe, la gente no va a ninguna parte ni llega a donde iba. Su discurso (como pensamiento y como marcha) se desvía a cada paso por el pensamiento y la andadura ajena, de modo que lo más acertado parece tomar el pensamiento y la dirección de los demás, integrándose en muchedumbres. La urbe de hoy es nerviosa y precipitada y la gente sólo discurre por sus avenidas en riadas de andadura urgente. Por si fuera poco, el ritmo apresurado del cine traduce a las muchedumbres en marcha y hace que se nos aceleren nuestras impresiones desde la butaca. Se comprende que con este acelerado andar o discurrir de la gente por la calle coincida una cierta ligereza y nerviosidad de nuestro pensamiento y de nuestra habla. Parece como si nos hubiéramos dado vacaciones para discurrir alocadamente por las calles del vivir tumultuoso, descansando del discurrir intelectual.

Valecia, España. 1952.

La reveindicación de Abelardo Gamarra, El Tunante

(Colaboración para *Rep. Amer.*)

Por fin apareció el primer libro sobre Abelardo Gamarra. Esto ocurre a los cien años de su nacimiento. El libro no sale de las filas pardas de la "inteligencia oficial", naturalmente. Es obra de un paisano de Gamarra —un paisano digno, se entiende— capaz por eso de enfrentarse con sinceridad y sin rubor al hombre que batalló 50 años para enseñarnos varonía cívica y peruanismo varón. Buena piedra, pues, esta primera piedra de un monumento que el Perú debe a Gamarra, como se lo debe a Vigil, a Sánchez Carrión, González Prada, Benito Lasso, y al propio Mariátegui tan certero al decir que a "Gamarra no lo recuerda casi la crítica, sino el pueblo".

A Julio Galarreta González —autor del libro reivindicador— le conocí en las prisiones políticas del Sexto y El Frontón. En esos campos de concentración totalitarios purgábamos —aún lo purgan otros peruanos— el llamado delito de rebelión contra la Seguridad Pública, que no es otra cosa que el legítimo derecho a rebelarse contra la oligarquía colonialista que usurpa el gobierno peruano. Estuvimos allí, pues, para "probar los metales de nuestra fe en la Justicia". Ninguna prueba más directa y elocuente que ésta, para conocer la medida moral y la consecuencia ideológica de los hombres. Puedo responder por ello de la sinceridad literaria de Galarreta y de su limpia pasión democrática por el Perú. Puedo afirmar, también, que está bien calificado para hablar de temas entrañablemente peruanos y para interpretar el mensaje de figuras tan entrañablemente peruanas como la de Abelardo Gamarra.

Galarreta ha intentado una visión orgánica y cabal de la obra de Gamarra. A esa intención corresponden las distintas facetas que estudian los capítulos del libro: Ubicación Literaria, Hombre y Escritor, Escritor silenciado, Creador Literario de Pelagatos, el Poeta, el Educador, etc., etc. Por una parte, Galarreta subraya la interpretación crítica de los que se han atrevido honradamente con Gamarra (Mariátegui, Sánchez, Haya, More). Pero la subraya para discutir esas interpretaciones y, luego, alinear su propio original aporte para destacar la envergadura cívica y la proyección docente del batallador ideólogo huamachuquino. Del libro emerge así, bocetada, una figura de repúblico, de maestro, de creador literario, visto por primera vez en su ancha trayectoria. La revelación no es definitiva. El mismo autor lo reconoce cuando prepara un segundo libro para ahondar, aún más, en este surco reivindicador al que todos le debemos algo de acción. Porque no es una deuda sentimental, sino de justicia, la que esperan cobrarse vida y obra de Gamarra; y nos subleva que esta justicia ande con pies de plomo cuando vemos a diario la exaltación de pobres nulidades literarias o "consagrar" a tanto "Areche" y "Arriaga" de la literatura.

Si González Prada fué "el primer instante lúcido de la conciencia peruana", Abelardo Gamarra es el primer realizador literario de esa conciencia. Los sacristanes o colonialistas y los vates inefables amamantados por las vaquillas de extramares, critican el estilo desgarbado, el lenguaje popular, la sintaxis académica de Gamarra. Pobre y ocioso reparo. Un Perú de cholos e indios no tuerce jamás el cuello a la espontaneidad de su prosodia, no achata con gominas su encrespada sintaxis ni puede expresarse con la masturbada retórica de los llamados "arios" de la Literatura. El Perú genuino está en el lenguaje brusco y mechado de modismos, en la sintaxis quebrada y jugosa, en la dicción enérgica y sabrosa de todo lo que escribió Gamarra. Lo está, también, con todo el atuendo desventurado de sus "cien años de vida perdularia", y con las esencias primordiales de aquella levadura histórica donde madura el porvenir de una patria que no ha de ser más —lo creyó Gamarra, lo creemos nosotros— una falsa patria erigida a pesar del indio, "sobre" el indio y en contra del indio. Porque Gamarra tuvo ideales con-

cretos y bregó por la realización de sus ideales renovadores, diferenciándose en esto de Manuel Ascencio Segura —gran costumbrista sin rumbo social— de los costumbristas comodones y convenidos, como el español Mesonero Romanos, y de los que resollaban por la herida de los rencores de casta, como el semiespañol Pardo de Aliaga.

En *Radiografía de la Literatura Peruana*, revelé una de las grandes faenas literarias de Gamarra: la descentralización y nacionalización del costumbrismo. Agregué que fué la primera gran raíz del Regionalismo Literario, entendiendo como regionalismo la expresión original y contrastada de las diferentes regiones peruanas, cuya conjugación, es sabido, formará algún día el mensaje literario nacional. Y no sólo Regionalismo Literario he de repetir, para evitar dudas, porque el Regionalismo que ha definido su posición de batalla contra el colonialismo y totaliza las aspiraciones de todos los sectores humanos y sociales del Perú, es un movimiento peruano integral, orgánico, de frente único, para la emancipación de las mayorías nacionales.

Ahora se comprenderá que el libro de Galarreta es un aporte significativo a la Literatura Peruana, no del Perú (ya expliqué la diferencia de estos términos en *Repertorio Americano*). La mejor respuesta que puede dársele es juntar esfuerzos para completar la reivindicación de El Tunante. (En esto o en parecidas empresas hay que trabajar, en vez de remover la ingrata memoria humana y cívica de los Chocanos). La actitud del autor que sea también una lección para la nueva generación literaria peruana, gran parte de la cual, tristemente, se va dejando amansar por el colonialismo confesional, exotista y aristocratizante, viejo reo del desperuanizamiento y la desamericanización. No se olvide que para "peruanizar al Perú" hay que emanciparlo material y espiritualmente. Buena parte de esa tarea es la de aprender o expresarse con sus propios recursos. Peruanos, cholos o mulatos, que hablen como tales y marquen su garra en el arte y en la vida. No hay nada más triste que un mulato puliendo la boca y torciéndose el alma para imitar a los trovadores "franchutes", ni cosa más indigna que oír a un cholo tartajenando gorjeos puristas o pavoneándose de prestado con las lociones de contrabando de las farmacias forasteras. La universalidad en el Arte no se conquista desde arriba y de abajo, sino a la inversa, desde abajo y de adentro. Sepamos hablar espiritualmente como peruanos, como indoamericanos, en primer lugar. Es decir, aprendamos primero a sostenernos sobre nuestras propias raíces. Y cuando aprendamos a pararnos sobre ellas, sigamos la otra gran lección del insigne huamachuquino: *de nada vale el artista si nos falla el hombre.*

A. ARIAS LARRETA.

Los Angeles. California, 1952.

Mis versos

(En *Rep. Amer.*)

San José, enero de 1953.

Para
don Joaquín García Monge.
S. M.

Muy estimado Maestro:

Con mis votos por la prosperidad de usted y los suyos, —entre ellos su insustituíble y heroico Repertorio Americano*— van unas primeras y pequeñas composiciones en verso, de su servidor, que al cabo se ha resuelto a sacar del ineditismo parte de su modesta producción de aficionado a las letras, florecida entre los zarzales del rudo camino que toca trajinar al abogado litigante.*

No llevan pretensión alguna, y sí la gratitud para usted, que tan gentilmente me ha ofrecido las columnas de sus prestigiosos "Cuadernos de Cultura Iberoamericana".

Afectísimo amigo,

Rafael ORTIZ CESPEDES.

AUSENCIA

¡Son ansias infinitas de encontrarte...!
Ya no puedo vivir lejos de ti,
me estoy ahogando en el dolor augusto
de tu ausencia... diluída en mi confín...

Es una nebulosa incomprensible:
tu imagen me persigue... y se me va...;
te siento junto a mí por todas partes,
y no puedo fijar en dónde estás...

Como aliento que escapa con la vida,
estela dolorosa eres en mí;
imposible dejar ya de quererte,
y sin embargo engendras mi sufrir...

¡Fuerza es, que yo viva en tu presencia,
que calme así... mi pena y mi dolor;
sólo estando contigo siempre, siempre,
seré feliz... a solas... con tu amor...!

MIRANDO TU RETRATO

He de tener tu imagen esculpida
de tal manera en mi afanosa mente,
que no se nuble nunca, por sonriente,
ni menos porque mire entristecida.

Que sea como la arista de la fuente
en el cauce azaroso de mi vida,
y que el trazo de luz de esa vertiente
sólo copie tu aurora y tu partida...

Que nunca te envanezcas... ni siquiera
cuando voy a encontrarte en nuestra cita
y en mis pupilas llevo... tu quimera;

porque a esas horas ruge la maldita
tempestad interior de quien espera...
¡y a veces te confundo... con cualquiera...!

BAILANDO

Permite que tu brazo se acueste sobre el mío
y que tu blanda mano se tienda junto a mi hombro,
mientras enloquecidos, —y en ágil desvarío—,
por el salón cruzamos... bajo el celeste asombro...

Trémulo y palpitante, como el trotar del río,
el corazón me salta; y en tanto que te nombro,
—mordiendo entre mis labios tu nombre que deslío—
con sus turgentes pétalos nuestro sendero alfombro...

Mi diestra mano está... ciñendo tu cintura,
¡jamás trino tan hondo sintiera un ruiseñor...!
La música es de ángeles que envidian mi ventura...

Fragancias en el aire invitan al amor...
y al ruego de la abeja de toda mi ternura,
¡tu boca se ha entreabierto..., hablando como flor...!

El Erizo

(En *Rep. Amer.*)

El corazón de América fué presa
codiciada del "comodoro" Vanderbilt
y la Accesory Transit Company
se inscribió en la georafía nicaragüense
trazando imaginaria partición territorial
en afán más corto a California.

Así llegó la guerra hasta nosotros
en una carrera de caimanes
"comodoro" versus Sloo, Harris y Law;
todos hálitos podridos de "racketeer" americano
de la llaga inestable de la bolsa.
Once millones tuvo en tres años de ganancia
y solamente mensuales tres colones
de madría patria pensionando
a la menesterosa de Santa María.
Careo histórico de iguanas y de hostias
la lucha desigual del hombre contra el estercolero.

Guerra del cincuenta y seis
baluarte primero contra los imperialistas
fuiste peñón en la tormenta
de todos los esputos putrefactos.
Tierra, cielo, mar y aire de todas las hermanas
defendiste gallarda con los campesinos
y entre todos los humildes se destaca
un nombre clamoroso de campanas,
el compatriota
JUAN SANTAMARIA.

Santamaría solamente un redoble
en tu principio heroico.

Iniciaste tu florescencia
a la vera de todos los caminos.

Atrás quedó creciendo la cosecha
concebida de la gota sudorosa,
atrás quedó la cuna y el arado.
Los horcones polvorientos de la choza
y los pelos rugosos de los árboles
cayendo convertidos en helechos.

Las guarias en adobes nazarenos.

Atrás quedó todo Santamaría
y fué, ahora del momento tu figura
el granito ritual para la historia.
Compatriota puro, sembrador
de la hidalguía, tu centella
marchó de corazón a corazón
en la noche hostil de los filibusteros.
La tea, cimera luminosa
cuando acudiste con tu brillante grito de planetas.

Esa lámpara de sangre que tú llevas
dignifica la estructura de los hombres
y protege los límites fecundos
de la unión de hurones pestilentes,
insignias de garras y colmillos
que pule y abrillanta Wall Street.

Santamaría, soldado luz, padre.
La voz de la soberanía
te la caudalizaron en las venas.
Tu paso fué la unión de los gemidos,
acopio de lágrima esclavas.
La consecuencia épica del hombre objetivado
del peso de la cordillera, el mar y nuestros llanos.
En esa luz, transmutación
hirviente y mineral de las verdades.

Fuiste otra rama vigorosa
del árbol del pueblo encallecido.
Santamaría, tu nombre es Costa Rica.
Santamaría, tu nombre es selva,
tu nombre es río, espuma delicada



Dibujo de *Juan Manuel.*

fosforescente de los mares.
Tu antorcha consecutiva
escarba ansiosa en la conciencia,
ruboriza al aborto inmoral que te destruye.

Santamaría, oración que ha de ser nuestra.
Esa luz de pureza cegadora
recortó las efigies de las águilas
de todos los billetes hacinados
por los capitanes del dinero en sus sentinas.
Destruyó la hirsuta calva
que brillante se alojaba en su egoísmo.

Santamaría, tu gesto de llama
cerró la bolsa suspirante de monedas.
Espantó los mascarones de los mercaderes
y contuvo el estrechamiento centroamericano.
Tu gesto de pétalo y de fuerza
se anticipa a la subyugación completa
de la biliosa fatiga del encadenamiento.

No faltan más segundos.
Benditas las hilachas en tu avance
espléndidamente iluminado.
Atrás quedó el círculo de bayonetas
resguardando los rotos parches
del inmortal tambor al viento.
Se confundió el ¡Ay! canonizante
del uniforme azul con rojo
y mil voces de cerrojos,
sedientos se reventaron en aceite.

Ricardo F. QUESADA

San José, Costa Rica.
11 de setiembre de 1952.

Aquella tarde

(Con toda mi simpatía, para *Rep. Amer.*)

Fué en aquella tarde que renació mi amor,
aquella tarde llena de oasis, de perfumes de placer,
creyendo que faltaba algo para matar mi dolor,
mi vida y mi alma entera te entregué como mujer.

Fué en aquella tarde, que pensaba en un amor fiel,
llegaste exuberante de luz y de ilusión,
y nuestras bocas juntamos con la miel
y nuestros labios se quemaron de pasión.

Y en aquella tarde envuelta de sombras y celajes,
respiras el ardor de mi sensualidad.
Y coigada esa tarde de zafiros y paisajes,
di a tu vida canto, ternura y majestad.

Nos mirábamos iguales, con pasión encendida,
y estampando en tu rostro el rojo verbena,
quise ser la fuente en tu mañana florida
con mis besos quemantes de humana sirena.

Fué idilio encantado, arrogante de estrellas,
me sentí en tus brazos con fe conmovida
y fué en aquella tarde pletórica y bella
que a cambio de tu amor, te di entera mi vida.

Seguí viviendo de romances dorados,
las aves trinaban el canto primaveral
y las flores exhalaban aires perfumados,
sin pensar siquiera en la falsedad y en el mal.

Llegaban las noches, pasaban los días,
toda yo me confundía con la grandeza del mundo,
porque mi existencia entera se volvió poesía,
latiendo en mis labios... tus besos profundos.



Ilustración de la autora

×

Después, ¡oh, llegó el olvido! lleno de melancolías,
sumió mi alma en profunda meditación
y pensando en la imagen que alegrara mis días,
me desmayé esperando la ansiada compasión.

Y llegó el olvido con espíritu amargo,
y oyendo que me decía no quiere verte,
quise fundir mis sienes para no pensarlo
y pensé en Dios, en... ti y en... ¡la Muerte!

Esmeralda ALMANZA.

San José de Costa Rica. 1952.

Los perjuicios de la burocracia

(En *El País* de Montevideo. Octubre 31 del 52).

El espíritu burocrático que domina en gran parte de nuestros hombres jóvenes y que la tendencia estatista contribuye a fomentar, a pesar de que la retribución del Estado es hoy inferior a la que se obtiene en el trabajo privado, constituye uno de los males de nuestro país, que incide en forma fundamental sobre su progreso.

Es preciso reaccionar respecto a este mal. La modificación en los planes de estudio, especialmente en los de secundaria, introduciendo en éstos materias o manualidades que despierten en los educandos su vocación hacia los oficios y la coordinación de aquella enseñanza con la industrial, puede hacer mucho para contrarrestar esa tendencia generalizada en la juventud hacia el empleo público.

Excesivamente teórica, la enseñanza liceal no crea esas vocaciones; y el estudiante que no culmina su carrera, queda generalmente en la posición de postulante de algún empleo público.

Pensamos que la modificación citada puede hacer bastante en el aspecto que nos ocupa; y el resto, lo pueden y deben hacer los partidos políticos que disponen de la administración pública, restringiendo los nombramientos a los absolutamente necesarios.

La burocracia tiene en el orden social consecuencias graves. No sólo aumentando los gastos del Estado y creando situaciones, en cuanto a los recursos, como las que actualmente estamos viviendo, sino consecuencias en el aspecto del progreso general del país.

Este progreso se afirma cuando las energías de los hombres se aplican a la industria, al comercio, al trabajo rural, así como a toda actividad que exija no sólo conocimientos teóricos sino un espíritu práctico y energías realizadoras.

"Son hombres —decía Ingenieros— los que aran su propio surco".

Una buena acción de gobierno es la de orientar, por tanto, a la juventud por esos caminos. Establecer escuelas industriales, agrícolas y granjeras por todos los rincones del país; orientar la enseñanza primaria y media en el sentido de afirmar y crear vocaciones, todo esto, significarían medidas eficientes para la lucha contra ese espíritu burocrático que hoy existe en buena parte de nuestra juventud y cuya formación se debe, en mucho, a las directivas y procedimientos demagógicos de quienes tuvieron en cuenta, más que el poco favor que le hacían a la patria, las posibilidades exitosas de un resultado electoral.

Poemas inéditos

del libro "Cielocarril"

de *Julio Carlos DIAZ USANDIVARAS*

(En *Rep. Amer.*)

SEPTIEMBRE

Joven de pura flor y anatomía,
vuelves al juego de la transparencia,
aligerando el viaje de la ría
por un color de elemental vigencia.

Primero yo, siguiéndote en el día,
con este ileso ramo de inocencia,
y este bordón —elástica herrería—
que galopa la sangre de mi herencia.

Cielo menor, espiga, vertimiento;
conmigo estás. Conmigo lo que siento
verde y trepando mi espiral cantada.

Dentro de mí tu festival me crece,
y único soy del aire que establece
pájaros en tu boca enamorada.

LA LLAVE

Súbito grillo, mineral cautela,
confabulando tu refugio entero,
en los pianos del aire que refiero
con mi callada sien de centinela.

Ya tu perfil acústico revela
su claridad de cascabel coplero,
y, albo de ti, se prende en el llavero
cancelador de lo que sobrevuela.

Marinera, llegándome: te pierdes.
Los muros arden timoneles verdes;
baila un eje de amor en mi candado

Y en su fortín más íntimo de aljibe,
la tarde fiel, junta mi voz y escribe:
—Verano alegre. Y tú que me has llegado...

EL ANGEL DESPOJADO

No es que el amor, ni que la despedida,
por esta rambla vegetal que vales,
dejen al árbol solo con su vida
y a mí con estos párpados navales.

Ellos te buscan. Y en la sal rendida,
mueven su ley de lámparas y umbrales,
cuando su flor ministerial olvida
la juventud entrando a sus umbrales.

Algo de ti me envuelve y me circunda
con este sol de víspera profunda.
Porque en el barandal de la mañana,

siento que anuncia el aire diferente,
tus veinticinco azules en mi frente
y un niño menos contra la ventana.

SIEMPRE

Con esta frente mía, caudalosa,
y alibilada en sueltas estaciones,
de clima en clima asumo los balcones
que danzará la noche jubilosa.

En tu canción mi trámite reposa,
y en él tu diálogo de pulsaciones,
cuando, ligera de metales, pones
una guitarra en fábula de rosa.

Militará tu léxico de espigas,
esta palabra que alabó cantigas
desde mi sangre y su fluvial molino.

Y habitaré tu voz, aunque se vaya
—andarivel como de alondra y playa—
tu corazón de amores interino.

Buenos Aires. 1952.

Noticia de Libros

(*Véase la pág. siguiente*)

Actas del Primer Congreso Nacional de Filosofía. Mendoza, Argentina. Marzo 30-Abril 9, 1949.

Los edita la Universidad Nacional de Cuyo. Y nos los envía —atención que mucho le agradecemos— don I. Fernando Cruz, Rector de la Universidad Nacional de Cuyo y Presidente del Comité Ejecutivo del Primer Congreso Nacional de Filosofía.

Copioso el Indice de autores y asuntos de los tres tomos. Cuánto qué leer, cuánto qué releer y aprender.

Admirable ejemplo el de la Universidad de Cuyo, en la República Argentina.

Honrosa advertencia: La publicación de estas Actas se hizo al cuidado de Luis Juan Guerrero, Secretario de Actas del Congreso.

*

Como envío de don José Luis Trenti Rocamora, Director del Museo Histórico Nacional:

Catálogo del Museo Histórico Nacional. Tomos I y II. Buenos Aires. Rep. Argentina. 1951.

Publicado bajo los auspicios de la Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación de la Nación y la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos.

Un esfuerzo considerable, también ejemplar.

*

Tres referencias más:

Obra material del Gobierno del Doctor Gálvez. Dos años y medio de Administración Pública. Tegucigalpa, D. C. Honduras.

Legislación postal. I. Reglamento para el régimen y servicio del Ramo de Correos (7 de junio de 1898) y disposiciones complementarias y aclaratorias. Título I: De la Correspondencia. Madrid. Diciembre de 1950.

Anuario Bibliográfico Peruano de 1948. Preparado bajo la dirección de Alberto Tauro. Lima. 1951.

Ediciones de la Biblioteca Nacional. VII.

*

Estos poemas de Jorge Ramón Juárez: *...como tajo de hielo...*

Ilustraciones de José Ituarte Jauregui. Portada fr. Alberto de Velasco. Ediciones Lascas. México. 1950.

Atención de autor que tanto le agradecemos. Un gran regalo, por los poemas que contiene —tan vívidos, con tanta elegancia compuestos— y la magnífica presentación tipográfica. Gran Señor de la Poesía, y autor de varios libros.

*

Atención del autor:

Luciano Rottin: *El problema de la vivienda*. Buenos Aires. 1950.

El ideal de la casa propia. Las dificultades. Las soluciones.— Libro muy útil. Nobleza en el autor y la Patria como solidaridad. ¿Cuándo...?

Luciano Rottin: *Poemas*. Ilustraciones de Raúl M. Rosarivo. Bs. Aires. MCMXLVI.

Edición muy elegante. Y los versos, de lo mejor, muy bien inspirados.

Recuerda al padre:

En los sueños me dice con palabra medida:
"...No te apure la marcha, el vaivén de la vida:
que lo que tú ahora sufres, yo también lo he sufrido,
y el dolor ennoblece por haberlo vivido..."

Luciano Rottin: *Buenos Aires*. Ciudad. Patria. Mundo. Buenos Aires. 1949.

"Soy un enamorado de mi ciudad..." "haremos de la Capital sureña, la más gigantesca, laboriosa y moderna metrópoli del mundo". "Trabajemos. Trabajemos generosamente".

*

Los cuadernos, numerosos, diversos, interesantes. Agradecemos mucho los envíos:

Como envío de la Sociedad Colombista Panamericana, La Habana:

El Manifiesto de Montecristi, por Manuel I. Mesa Rodríguez. Publicaciones del Comité Pro-Centenario de la Bandera. 1850-Cárdenas-1950.

En las *Ediciones* (E. Zeballos 783. Rosario. Argentina):

Cuadernos 1 y 2 de *Los Nuevos*:

1.—*Amapola de Fe*. Por Pedro Nalda Querol. Un poema en 4 cantos.

2.—*Rapsodia del amor primero*. Por Víctor Sabato. Son 5 poemas.

Ceremonies of presentation to the City of New York of the statue of THE LIBERTADOR SIMON BOLIVAR, colocated on the Plaza Bolivar, Avenue of the Americas at Central Park South, through the generous gift of the Government of The United States of Venezuela. Thursday, 19 April 1951, at 2 p.

En pliegos volanderos, muy bien presentados por la Editorial Atlántica, Buenos Aires, algunas páginas de Constancio C. Vigil: *Plegaria por el árbol*, *¡Salve América!*, *La educación del hijo*, *La redención*, *Caridad*, *Plegaria del sembrador*, *Plegaria de gratitud*, *Por la humanidad futura*, *Plegaria por la paz*, *Padre nuestro*, *Ese es un gaucho*.

Y este pliego más: *Los cuentos de Vigil*, por Francisco Casañas Lemos.

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBEROAMERICANA

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
En Costa Rica:
EDITOR
Susc. anual: ₡ 18.00

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.
El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.
"Bárbaros, las ideas no se matan", repitió Sarmiento
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares
Giro bancario cobrable en los EE. UU.

Noticia de libros

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

En las últimas ediciones de la Editorial LOSADA (Alsina 1131. Buenos Aires):

En la serie Contemporánea:

Francisco Luis Bernárdez: *Florilegio del Cancionero Vaticano.* Poesías amorosas galaicoportuguesas de la Edad Media. (*Atención del autor*).

Rafael Alberti: *Cal y Canto, Sobre los Angeles, Sermones y moradas.*
(Tres libros de juventud en un tomo).

Rabindranath Tagore: *Ofrenda Lírica* (Gitanjali). En las versiones de Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez.

Pedro Salinas: *Razón de Amor.* Una de sus dos obras poéticas más representativas. (La otra: *La voz a ti debida*).

En la muy valiosa Biblioteca Filosófica:

Luis Farré: *Espíritu de la Filosofía inglesa.*

Risieri Frondizi: *Substancia y Función en el Problema del Yo.*

Señalamos: Serie Psicología, Psiquitría y Psicoanálisis:

Karl A. Menninger: *El Hombre contra sí mismo.* Traducción directa de Felipe Jiménez de Asúa.
El profesor Menniger es una de las mayores figuras psiquiátricas de los EE. UU.

En la serie Novelistas de España y América:

Angel F. Rojas: *El éxodo de Yangana.*
El autor: novelista ecuatoriano. Esta novela es de tema y hechura verdaderamente singulares.

En la serie Los grandes novelistas de nuestra época:

Cesare Pavese: *La luna y las fogatas.* Traducción de Romualdo Nrughetti.

Alberto Moravia: *El conformista.* Traducción de Alberto Luis Bixio.
(Ambos novelistas son italianos, y contemporáneos, acreditados).

En la serie Biografías históricas y novelescas:

Antonina Vallentin: *Mirabeau.* Traducción de Luis Echávarri.
Historia plena, rica e inspirada.

Jean Babelon: *Carlos V.* Traducción de Miguel de Hernani.
Se trata de un libro interesante desde el punto de vista histórico como desde el punto de vista humano.

Otros libros, en otras series:

Manuel F. Rugeles: *Antología poética.* Con un poema de Rafael Alberti. (*Atención del autor*).

María de Villarino: *Luz de memorias.* Ilustraciones de Montesinos Fullana. Historias contadas con ternura y gracia. Charol, un perro, es el personaje principal. (*Atención de la autora*).

Gerald Brenan: *La faz actual de España.* Traducción de Miguel de Amilibia.
Viajero inteligente, el autor anota cuidadosamente las conversaciones en el tren, o con los campesinos, o con la gente de la ciudad. Amor a España y a los españoles.

Jean Paul Sartre: *Teatro.* El Diablo y Dios. Traducción de Jorge Zalamea. Tres actos y once cuadros.

Albert Ducrocq: *Los horizontes de la energía atómica.* (En la serie Ciencia y Vida). Traducción de Rosario Vera.

Señalmos:
Francisco García Lorca: *Angel Ganivet.* Su idea del hombre.

En dos hermosos volúmenes y como envío del Dr. Aureliano Sánchez Arango, Ministro de Educación de la República de Cuba, hemos recibido:

Homenaje a Enrique José Varona en el Centenario de su natalicio. Publicaciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, La Habana, 1951.

La contribución de la Dirección de Cultura, del Colegio de Doctores en Ciencias y Filosofía y Letras de Camagüey y de la Cátedra de Historia de las Doctrinas Sociales, a más de Disertaciones, Crónicas, Artículos, Ensayos, le dan esplendor a este homenaje.

(De consulta venidera será este Homenaje).

*

Como regalo de nuestro Juan José Carazo Serrano: *Berlín.*

Precioso álbum conmemorativo, editado por el Concejo Municipal de Berlín, *Ebert,* Prefecto.

Se distribuyó en agosto de 1951, con motivo del III Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes por la Paz, en Berlín.

Como tal, asistió nuestro amigo Carazo Serrano.

*

Las gracias le damos al poeta hondureño Carlos Izaguirre, en Tegucigalpa, por su magnífico poema: *Lo que tal vez soñó.*

A Sor Juana Inés de la Cruz se refiere y lo publicó como Souvenir del Comité Hondureño Conmemorativo del III Centenario del Nacimiento de la insigne poetisa mexicana.

*

A la famosa y benemérita *Hispanic Society of America,* en New York, le debemos gratitud mayor por lo que ha hecho en pro de los diversos aspectos de la cultura española.

Acusemos recibo de estos 3 volúmenes, editados, ilustrados con todo esplendor y señorío:

Spanish Costume Extremadura, by Ruth Matilda Anderson, Member of the Hispanic Society of America. Con un map y 393 ilustraciones. New York, 1951.

Castilian Sculpture. Gothic to Renaissance, by Beatrice Gilman Proske, Membre of the Hispanic Society of America, New York 1951.
Con 328 ilustraciones.
Precio del ejemplar: Dóls. $ 15.00.

Ribera, by Elizabeth Du Gué Trapier, Member of The Hispanic Society of the America.
Con 177 ilustraciones.
Precio del ejemplar, en dólares: $ 9.00.

Las tres interesantes y preciosas obras pertenecen a las *Peninsular Series.*

*

Saludemos este considerable esfuerzo, en tres volúmenes (2197 pp.):

(*Concluye a la vuelta*)